

MAKOKO

A Belén

1

Madeleine, apenas una adolescente, se aproximó hasta el borde del lago con la intención de ahogar a su hijo recién nacido, pero no tuvo el valor suficiente para hacerlo.

Lo envolvió en una toalla raída, depositándolo sobre un lecho de papel de periódico, dentro de un bidón de gasolina cortado por la mitad. Para que aquella precaria embarcación se mantuviera en posición vertical, la había lastrado con unas piedras antes de acomodar al niño, que no dejaba de llorar.

Caminó por el embarcadero, construido con troncos y tablonés recuperados en los vertederos, y dejó cuidadosamente aquel barco de latón, en cuyo interior se agitaba el fruto de su amor con Pierre, un prometedor empleado de banca, casado y con dos hijos, quien en cuanto supo lo de su embarazo no quiso saber nada más de una niña de dieciséis años a la que había prometido amor eterno.

La leve corriente empujó lago adentro al pequeño, que navegó sin rumbo en la oscuridad de la noche por los canales de Makoko, mientras sus habitantes intentaban superar el bochorno del mes de junio. La laguna, con su balanceo, relajó al bebé, que dejó de llorar y se durmió, hasta que dos horas después de su partida el bidón se quedó atascado bajo una barraca. Al notar que no le mecían, despertó y berreó de nuevo a todo pulmón.

Marie, una viuda de treinta y seis años, oyó un extraño ruido que le recordó el llanto de sus hijos al nacer, pero pensó que era una alucinación, producto del calor y la cerveza. Lo oyó por segunda vez y decidió salir afuera.

Asomada sobre el agua, vio basura flotando, algún que otro excremento

humano y un bidón encallado entre dos pilares de la casa. El ruido venía de allí, pero le pareció absurdo. No obstante, se acercó y lo vio: un precioso niño se agitaba y lloraba con desesperación.

La mujer lo cogió con mucho cuidado y lo abrazó contra su pecho, cuya leche compartirían su pequeña Laura y el recién llegado.

—¿Cómo te llamas, pequeño? —preguntó mirando al crío mientras buscaba algún indicio de su nombre en la toalla que lo envolvía y entre los periódicos.

Marie se levantó la camiseta y le ofreció al pequeño una teta rebosante de alimento, que mantuvo al niño entretenido y callado durante un buen rato. Mientras, la mujer recuperó el bidón y llamó al nuevo miembro de la familia con el nombre que aparecía impreso en el metal: ELF.

La leche caliente y el agotamiento sumieron a Elf en un sueño dulce y profundo. Su nueva madre no se separó de él ni para ofrecerle el otro pecho a Laura, que también se había despertado y reclamaba enérgica su ración.

Marie había llegado diez años atrás, junto a sus dos hijos mayores y su marido. Huían de la guerra, el hambre y la enfermedad que asolaban Uganda. Atravesó medio continente hasta encontrar un lugar que hizo suyo. Aquí nació su pequeña, y recuperó la dignidad después de muchos años de pasar miedo y calamidades en un país que siempre había conocido en guerra.

Por eso nunca le dio demasiada importancia a que de vez en cuando un grupo de sicarios venidos desde tierra firme hostigasen a los habitantes de Makoko para que se marcharan de allí, o a que las patrullas de autodefensa del barrio fuesen tan dañinas como los asaltantes. Aquí tenía un techo que la cobijaba, comía a diario y conversaba con las vecinas al caer la tarde.

Desde la ventana había sido testigo muchas veces de los enfrentamientos de los “vigilantes” con los paramilitares, pagados por los promotores urbanísticos que ansiaban desalojar Makoko, y de las escaramuzas entre diferentes facciones de los cuerpos de autodefensa del suburbio, convertidos más en pandilleros que en policía. Los guardianes del barrio estaban liderados por media docena de jóvenes

engreídos que imitaban la estética de los raperos norteamericanos, fumando *crack*, traficando con drogas y extorsionando a la población: exigiendo dinero, dádivas o favores sexuales a cambio de su protección.

En contrapunto a esa violencia, varias entidades no gubernamentales se unieron para construir una escuela flotante, que al día siguiente de su inauguración ya estaba ocupada por más de un centenar de niños, algunos apenas destetados. Al frente de la institución se puso Emmanuel Odeda, un antiguo sacerdote expulsado de la Iglesia Católica. Su excomunión se produjo por haber maldecido públicamente al Vaticano porque el Papa condenaba el uso de preservativos, mientras los jóvenes morían de SIDA o de gonorrea. Tuvo la osadía de proclamar que en África era mejor repartir condones y antibióticos que evangelios y misales.

La noticia de la llegada del bebé a Makoko fue el acontecimiento más comentado por sus habitantes durante muchos días. Todos se preguntaban de dónde había venido, y si su madre era del barrio o no. Las vecinas ofrecieron a Marie su ayuda, le trajeron ropa de sus hijos, le tejieron mantas con lana recuperada de viejos jerséis y le colmaron de pequeños sonajeros, chupetes y muñecos que ya no usaría su prole.

Nadie puso en duda el derecho de Marie a ser su nueva madre, y menos la autoridad local. Al Ayuntamiento de Lagos no le importaba quién habitaba la ciénaga, solo ansiaba desecarla y ganar espacio para la gran ciudad, necesitada de suelo urbanizable para satisfacer sus deseos de expansión.

Los primeros años de la vida de Elf no fueron muy distintos a la de los numerosos niños que habitaban aquella singular Venecia sin palacios ni góndolas, sino con cabañas construidas con desechos urbanos y barquichuelas de madera que se mecían entre basura y excrementos flotantes. Tuvo una infancia feliz y despreocupada, llena de juegos con sus hermanos y aprendiendo a vivir con muy poco.

Antes de cumplir su decimocuarto verano en Makoko empezó a tomar la costumbre de coger la barca de su hermano mayor mientras este dormía la siesta,

ebrio de cerveza. No llegaba con los pies al suelo cuando se sentaba en la banqueta y colocaba una caja de madera para poder apoyarse. Al principio, casi no tenía fuerza para levantar los remos, menos aún para bogar. Las primeras veces apenas podía mover la barca, pero a las dos semanas ya era capaz de remar hasta el extremo más distante de la laguna.

Un día que Stephan tenía dolor de estómago y no bebió alcohol a mediodía, descubrió las excursiones de su hermano pequeño y lo vio justo en el momento en que partía.

—¡Elf! —bramó desde la puerta.

El chico se paró de golpe. Sabía del mal genio que tenía su hermano. Recordó por un momento cómo acabó su vecino un día que se pelearon por una discusión de fútbol. Como apenas había recorrido cinco o seis metros, sin girar la barca, remó siguiendo su propia estela y se colocó junto a él.

—Ahora entiendo por qué cada día me encuentro una caja del revés molestándome los pies.

—Perdona, Stephan. Debí pedirte permiso para coger tu barca.

Elf miraba los ojos inyectados en sangre de su hermano y esperó la bien merecida torta que se había ganado. Pero en lugar de ello, Stephan soltó una sonora carcajada.

—Como te gusta tanto remar, a partir de ahora serás tú quien vaya a buscar agua a la ciudad. Mañana iremos juntos a la fuente para que la conozcas, y yo cambiaré de oficio.

Elf se sintió aliviado, a pesar de que sabía que el trabajo de aguador era muy duro y mal pagado debido a la competencia que había en el barrio. Al menos eso era lo que decía constantemente su hermano.

—¿Y tú qué vas a hacer?

—Iré a sacar petróleo al oleoducto. Se gana más dinero y no es tan cansado.

—¡Pero eso es robar! —exclamó Elf.

Entonces sí que recibió un buen tortazo de su hermano, que zanjó así la cuestión.

Desde aquel día, el muchacho, todavía impúber, formó parte del ejército de mercaderes de agua. Su hermano le entregó la barca y los diez bidones de plástico que cada día llenaría dos veces para vender agua potable a sus clientes del barrio y a quien se la pidiera, a cambio de unas monedas o de algo que le pudiera interesar: sal, clavos o un sombrero de paja.

Stephan murió unos meses después tras una explosión en el oleoducto que estaba saqueando.

2

Meses después de perder a su hermano mayor, también murió su madre. Una infección urinaria se tornó en un *shock* séptico por falta de tratamiento antibiótico. Como en Makoko no había atención médica —La Cruz Roja solo iba por allí una vez al mes y las colas de pacientes eran interminables—, Marie lo fio todo a una vecina que ejercía de curandera y adivinadora.

La fiebre la trató con unos paños humedecidos en una infusión de hinojo y un ramillete de hierbas que le vendió a precio de oro. Pero cada día estaba peor, la calentura se volvió insoportable y acabó postrándola en la cama. Ella, que a las dos horas de parir a sus hijos ya estaba trabajando en la casa, ahora apenas se tenía en pie.

Una noche, empapada en sudor, llamó a sus hijos, que la rodearon a ambos lados del catre. A Laura le dijo que cuidara de los dos hermanos que le quedaban, pues sería la única mujer de esa casa. A su hermano mayor que dejase de fumar *crack* y a Elf, que fuese a la escuela en lugar de holgazanear toda la tarde. Laura rompió a llorar desconsoladamente, mientras Elf no tuvo tiempo de decirle que su hermano estaría muy orgulloso de cómo llevaba el negocio del agua. Samuel no dijo nada. La mujer lanzó un largo suspiro, el último antes de cerrar los ojos para siempre.

Elf se encargó de llevar el cuerpo de su madre a Lagos, donde fue enterrada en una fosa común y cubierta con cal viva, como se hacía a todos los que morían de una infección. En el viaje de vuelta a casa, acompañado de sus hermanos, se dio

cuenta de que Samuel tenía el cerebro reblandecido por la droga, que Laura era demasiado pequeña para hacerse responsable de nada y que lo mejor sería que ella también fuese a estudiar.

—Deberías ir a la escuela también, Laura. Todavía estás a tiempo de aspirar a una vida mejor.

—¿Tú crees, Elf? ¿Aprender a leer sirve para algo?

—¡Claro! Y a sumar también. Eso te servirá para trabajar en un supermercado, o incluso en un banco.

—Pero si aquí no hay nada de eso...

—El mundo no se acaba en Makoko. En Lagos hay de todo. Anda, ve a acostarte y seguiremos esta conversación otro día. Se ha hecho muy tarde.

La niña obedeció a su hermano y Elf se sentó al borde de la casa, con los pies sobre el agua, la mirada perdida en el infinito y la mente en blanco, incapaz de llorar.

En los siguientes días a la muerte de su madre la pequeña Laura empezó a ir a la escuela todas las mañanas —una barcaza atada con cuerdas a unas estacas en un extremo del barrio—, hasta las doce del mediodía, hora en la que abandonaba las clases para preparar la comida a sus hermanos. En realidad, el único que solía venir a comer era Elf cuando acababa el reparto del agua, y le gustaba preguntarle a su hermana por sus progresos en las matemáticas y en la lectura. Samuel, que se dedicaba al menudeo de drogas para financiar su adicción, no solía aparecer mucho por casa.

Por las tardes Emmanuel Odeda daba clases en exclusiva para Elf, y lo instruía en álgebra, gramática, inglés y sentido común, pues consideraba que esto último era lo más práctico para los jóvenes. No tenían libros ni material didáctico alguno, salvo un pizarrón verde que el gobierno de Francia le había donado a la escuela como contribución al desarrollo del Tercer Mundo. Carecían de tiza para utilizarla y usaban trozos de yeso que recogían en las escombreras. Todo Makoko se nutría de los deshechos de Lagos, la escuela también.

En sus idas y venidas a la fuente de la que se abastecía Elf se cruzaba con hombres y mujeres jóvenes que trabajaban a destajo como temporeros en los campos de arroz, maíz o patatas, según la época del año. A veces caminaban varias horas hasta llegar al tajo, para volver con unas cuantas nairas —la moneda de Nigeria— y, si es tiempo de recolección, con unas raciones de comida. De vuelta, debían tener cuidado y evitar cruzarse tanto con la policía en tierra como con las patrullas de vigilancia en la laguna, pues era normal que exigieran un peaje. También se encontraba con quienes iban a rebuscar en los vertederos de Lagos, donde se topaban con cientos de competidores para encontrar metales, plásticos, maderas o cualquier otra cosa que tuviese un valor para los compradores de material de reciclaje, quienes los adquirirían por importes irrisorios tras la imprescindible discusión sobre el precio, en la que siempre perdía el recolector.

Las peores jornadas de Elf eran los martes, día de mercado. Las aguas se llenaban de comerciantes de todo tipo de mercancías, que transportaban sobre barcas de madera o de poliéster. Ofreciendo a gritos desde salazones de pescado hasta camisetas de fútbol, pasando por carne seca o cacharros de cocina. Los vendedores vociferaban desde sus embarcaciones, y era tan frecuente el trueque como el regateo.

Tampoco faltaban los adivinadores, brujos y sanadores que ofrecían quitar maldiciones, recuperar la potencia sexual o recobrar la salud a cambio de unas monedas o de una bolsa de patatas. Por eso los días de mercado iba a clase por las mañanas con Laura, para evitarse de navegar entre griterío, cachivaches y golpes.

—El próximo día no vendré a tomar clases —le dijo Elf a su viejo profesor antes de marchar.

—¿Por qué? No has faltado ni un solo martes en el último año.

—Porque voy a comprar una barca más grande, en la que pueda transportar el doble de agua en cada viaje. Y contrataré a un chico para que lleve la que tengo ahora, a cambio de un porcentaje de la venta. He quedado con un barquero en Badia, para rematar el precio y la forma de pago. No creo que pueda volver hasta

la noche.

—Acuérdate de la fórmula de los intereses, para que no te engañen, que los comerciantes son como los banqueros. ¡Y suerte!

—Hasta la próxima.

Cuando volvió a casa los mercachifles aún seguían ofreciendo sus productos. Algunos aseguraban quitar el mal de ojo y traer la prosperidad y la buena suerte. Otros vendían ollas, sartenes y gomas para el pelo. Y todos regateaban hasta la última naira.

Después del mercado, y durante los siguientes dos o tres días, casi no se veía el agua de la laguna, llena de restos de embalajes, cartones, plásticos y latas que se sumaban a la basura endémica del lugar. Pero la ligera corriente siempre hacía circular el agua espesa y negra del lago hacia las orillas, donde los recolectores se hacían con todo lo que tuviese valor.

Poco a poco volvía el relativo silencio a la población, solo roto por los “vigilantes” que siempre escuchaban su música infame a todo volumen para darse notoriedad. La brisa se llevaba el olor a especias, a café y a pieles curtidas que indefectiblemente el mercado dejaba en Makoko, para recuperar el hedor de la ciénaga, la marihuana y el *crack*.

3

El dolor de cabeza le despertó creyendo que estaba teniendo una pesadilla. Recobró la conciencia notando que todas las partes de su cuerpo estaban reclamando su atención al mismo tiempo. Primero quiso abrir los ojos, pero a la mitad del mundo no podía verlo. Los párpados del ojo izquierdo estaban enganchados entre sí, la sangre seca hacía de pegamento. Le escocía como si tuviera un mar de ácido en la cuenca. Quiso desembarazarse de las moscas que tenía en la cara, pero no podía mover las manos. Las tenía atadas a la espalda, y unas cuerdas resacas le abrasaban las muñecas. También le dolía el oído

izquierdo, en el que tenía un pegote de sangre que estaba siendo devorada pacientemente por las moscas, igual que la del ojo. Los insectos no encontraban obstáculo alguno para darse un festín.

Sintió alivio al ver que podía mover las piernas y que ni estaban atadas ni le dolían, al contrario que las costillas, que le oprimían el pecho y el abdomen y le dificultaban la respiración. Si hinchaba los pulmones, se le clavaba una costilla como una estaca. Solo podía hacer inspiraciones cortas y seguidas, como un pajarillo moribundo. Tensó los músculos de la espalda y los abdominales para sentarse, pero no se separó ni un centímetro del suelo.

A las moscas se les unió un tábano, quien no se conformó con la sangre seca y sucia de la cara y le clavó el aguijón en la mejilla. El chico sacudió la cabeza a un lado y al otro intentando inútilmente espantarlo. Cuando notó el aguijonazo apretó los dientes y descubrió que le faltaban piezas dentales y que sus mandíbulas no encajaban como antes.

Sintió un momentáneo consuelo tras notar que aquel bicho inmundo sacaba el aguijón y parecía irse. Pero volvió, se colocó a unos centímetros de donde había picado antes y repitió la operación. Ahora Elf ni se movió, consciente de lo inútil que sería resistirse. Se concentró en pensamientos agradables que sacara su mente de aquel calvario, y pensó en Pauline, la niña con la que jugaba con sus muñecas de trapo, y de la que hacía tiempo que no sabía nada, desde que se fue a vivir a Lagos con su madre, quien había encontrado trabajo de sirvienta en casa de un inglés.

Su desazón volvió cuando notó que ya no tenía un tábano en la cara, sino un enjambre en todo el cuerpo, y no hubo distracción posible. Cinco, seis y hasta diez picaduras simultáneas lo estaban acribillando. Pero, de repente, todos los insectos le abandonaron. «Ya no me debe de quedar sangre», pensó. Sin embargo, el motivo fue otro, de entrada, más preocupante: un perro baboso y maloliente empezó a corretear en torno a él, cada vez más cerca, hasta empezar a saltar encima de su cuerpo.

—Ahora me va a devorar un chacal —murmuró.

Tras el chucho —que no chacal— apareció un chico joven, de no más de trece años, con una vara y una cuerda de la que colgaban tres lagartos atados por el cuello.

Elf quiso hablar, pero no pudo. El muchacho se acercó, vio las pústulas de las picaduras de los tábanos, el ojo cerrado y tumefacto, la sangre en el oído y su expresión de miedo. Se arrodilló, sacó una botella de plástico y le dio de beber sujetándole con una mano la nuca. El agua le supo a gloria, a pesar de que al tragar se metió restos de sangre y algún trozo de diente roto al estómago. Por un momento, parecía haber desaparecido el dolor, y se sentía a salvo.

El chico vio que Elf estaba atado, y con una navaja que sacó de un pequeño zurrón, tras colocar de lado al herido, le cortó las ajadas cuerdas. Podía mover las piernas y los brazos, aunque sus extremidades estaban aún entumecidas por la inmovilidad de no sabía cuántas horas, o quizá días.

Con ayuda y gran dificultad se puso en pie. Así parecía que le dolían menos las costillas, que no le aprisionaban como antes, y dio algunos pasos apoyado en el hombro del joven cazador de lagartos.

Con un hilo de voz, Elf le dio las gracias a su salvador, y le preguntó que dónde estaban.

—En Nigeria —contestó el chico.

—Eso ya lo imagino. ¿Estamos cerca de Makoko?

—No conozco Makoko. Estamos en Badia.

—¿Y no conoces Makoko? Está aquí cerca, a un par de horas en barca.

—Pero yo no tengo barca. ¿Tú sí?

—Me la robaron. Y después me dieron una paliza. Creo que fueron los mismos que me la vendieron. Me atacaron antes de que pudiera estrenarla siquiera, perdí el conocimiento y desperté en el lugar en el que me encontraste. No recuerdo mucho más... ni quiero hacerlo.

—Iremos a ver a mi tío Víctor. Él te curará las heridas y a lo mejor podrás trabajar en su casa para pagarle. Hace tiempo que busca un ayudante, se está quedando ciego y cada vez es más torpe. Pero es un buen curandero. Vamos, que

está anocheciendo.

Caminaron por senderos solitarios, rodeados de escombros, basuras y algunos arbustos, mientras el perro iba y venía rodeándolos, se paraba a olisquear el suelo y esperaba alguna caricia de su dueño, parco en ellas.

Tardaron una hora en recorrer los dos kilómetros que separaban a los chicos de la casa del tío del cazador de lagartos. La vivienda era una barraca hecha de tablones de madera clavados entre sí y rejuntados con arcilla, no tenía ventanas y la cubierta era de latón, con ramas secas superpuestas.

—Hola, Lucky, veo que me traes trabajo esta noche —le dijo a su sobrino a modo de saludo, cuando estaba ya bajo el quicio de la puerta y a escasos centímetros del chico.

—Hola, tío. Creí que no veías.

—Estáis muy cerca, veo dos sombras, pero, sobre todo, huelo el miedo y la sangre. ¿Te duele mucho, hijo? —preguntó el viejo dirigiendo su mirada vacía hacia la sombra que acompañaba a la de Lucky.

—Más de lo que imagina, señor. No veo de un ojo, no oigo bien, me duelen las costillas y me ha picado un millón de bichos.

—La primera medicina será cenar algo. Tienes aspecto de no haber comido hace días.

Víctor sacó de una caja de cartón tres yucas y las echó en una olla. Le añadió una hoja de laurel y acabó de llenar el recipiente con el agua de un bidón. Le pidió a Lucky que encendiera el fuego de la cocina y le recordó que debía ir pronto a buscar leña. Colgó la olla de un gancho de hierro y avivó el fuego con una hoja de palma hasta que empezó a hervir.

—No sé si te gusta la yuca, pero no esperaba visita y es lo que iba a cenar hoy. Esto y un trozo de pescado seco te ayudarán a recuperarte. Mañana temprano veremos qué hacer contigo.

Los tres hombres se sentaron en el suelo, sobre una alfombra de cañas, y cenaron sin hablar. Sus cerebros cedieron buena parte del riego sanguíneo a favor de los estómagos y se durmieron agotados los tres: uno de cazar lagartos, otro de

sufrir dolor y el mayor, de vivir.

4

Al profesor Odeda le extrañó que Elf no hubiese vuelto de su viaje de negocios. Le pareció raro que para ir a Badia emplease más de una jornada. Preguntó a algunos vecinos si lo habían visto, se interesó entre los alumnos que lo solían ver con su barca repartiendo bidones de agua, pero parecía como si se lo hubiese tragado la laguna.

Entre el maestro y el alumno había crecido un afecto, que el viejo profesor descubrió ante la ausencia del joven, con lo cual se preocupó muy seriamente por él. Sabía que era inútil intentar acudir a las autoridades, porque estas sencillamente no existían. Tampoco podía contar con las autodenominadas patrullas de defensa, porque en realidad no eran más que unos extorsionadores que habían hecho de la violencia y la venta de drogas una forma de vida. Y él era demasiado viejo como para salir a buscarlo solo. Además, tenía un compromiso con un centenar de niños que iban más o menos regularmente a la escuela. Solo podía esperar. Era viernes, y decidió que, si al día siguiente no tenía noticias de él, le pediría a un barquero que le llevase hasta Badia.

El último día de clase de la semana Emmanuel Odeda estaba especialmente irritable. En más de una ocasión deseó lanzar al agua a Mamadou, el niño más revoltoso de la escuela y quizá de África, pero se conformó con darle un par de pescozones.

Por fin terminó las clases de esa tarde, y Odeda, que además de profesor de todas las asignaturas, director, ordenanza y portero de la escuela, era poseedor de un teléfono móvil que donó a la escuela algún filántropo, llamó a su sobrina, que vivía en Surulere.

En Makoko no había hospitales, ni policía, ni agua corriente, ni alumbrado

público. Pero había antenas de telefonía móvil, porque un buen nigeriano tiene antes un móvil que un libro o un preservativo. Y eso las compañías telefónicas lo sabían, por lo que había un par de antenas en el barrio que permitían a sus habitantes dilapidar el tiempo y su poco dinero en pagar carísimas tarifas prepago.

—Hola, tío —contestaron desde tierra firme—. ¿Necesitas pastillas de jabón, más pupitres, un ayudante... o me llamas para felicitarme por mi cumpleaños?

—Hola, Doris. Feliz cumpleaños. Necesito que vengas a Makoko y me acompañes hasta Badia. Creo que un alumno mío puede estar pasando dificultades.

—¿Te has vuelto loco? ¿Desde cuándo te preocupas por un solo muchacho, tú que eres el rey de lo colectivo, de la socialización y el sentido de grupo?

—No olvides que los grupos y las sociedades se componen de individuos. Y este es especialmente valioso. Será un futuro líder de Makoko, alguien que puede servir de referente a los demás, uno de los pocos muchachos que tiene interés en estudiar y que es emprendedor. La mayoría a su edad están imitando a esos macarras que tenemos por “vigilantes” y deseando ser como ellos. Tienes que ayudarme.

—Lo siento, tío. Esta noche los señores tienen invitados y he de quedarme a servir la cena. Llama a mi hermano Tony. Si no está colocado te ayudará. Mejor aún, le diré ahora mismo que te llame. He de dejarte. A la señora no le gusta verme con el teléfono en horas de trabajo. Adiós.

Tony era el menor de siete hermanos, y aunque hacía varios años que no lo veía, sabía de él por Doris, la quinta y más joven de las chicas, con la que seguía manteniendo cierto contacto. Se había criado en la calle, y vivía fundamentalmente de pequeños hurtos, y su especialidad eran los *smartphones*, que conseguía en incursiones al centro de Lagos, donde abundan los trabajadores europeos y americanos de las compañías petrolíferas.

El más joven de los Odeda no llamó inmediatamente, pero cuando lo hizo usó la última de sus capturas: un iPhone 4S por el que sacaría unos cuantos dólares en el mercado negro.

—Hola, tío. Me ha dicho mi hermanita que te llame. ¿No querrás que vuelva a la escuela? Ya tengo quince años y sé todo lo que he de saber en esta vida. ¿Quieres que te enseñe yo a vivir, tío? ¡Siempre con tus tonterías de querer enseñar poesía a los críos!

—Hola, Tony. Necesito que me ayudes a buscar a un chico como tú, del que no sé nada desde hace días. Yo ya soy viejo para andar por esos mundos. Necesito que me acompañes hasta Badia, he de encontrarlo.

—Eso es muy chungo, tío. He tenido muchas broncas con gente de allí. Si me reconocen, me rajan y me convierten en carne para los perros. ¿Desde el martes, dices? Tu colega está muerto, los forasteros no son bien recibidos. Tú estás *rallao*, tío.

Emmanuel se despidió de su sobrino, era obvio que no podía contar con él. Comprendió que la próxima vez que tuviesen contacto sería en el sepelio de alguno de los dos, si tenían la suerte de poder ser enterrados.

El viejo profesor decidió ir solo. La angustia era tal que no podía esperar más. Pronto anochecería, y si quería partir en busca de Elf tenía que hacerlo ya, o esperar a mañana. El sentido común y la razón le hicieron decidir que saldría al día siguiente, con las primeras luces del alba. Concertó con un gondolero que le llevara a tierra firme a cambio de unas monedas y se fue a dormir en el camastro que tenía en la misma barcaza-escuela, que también hacía las veces de hogar para él. No pudo conciliar el sueño pensando en lo peor, y más aún después de hablar con Tony, que era un estúpido delincuente juvenil, pero probablemente tenía muchas posibilidades de estar en lo cierto respecto de la suerte que había corrido Elf.

Antes de que saliera el sol ya se puso en pie, comió un trozo de pan seco del que traía cada tres o cuatro días una lancha de la Cruz Roja para que merendaran los niños y se bebió un trago de leche en polvo caducada, mientras esperaba su transporte, que nunca vio llegar.

Sintió una presión en el pecho, como una losa pesada que le aplastaba el esternón. Le siguió una rigidez en la mandíbula y luego un dolor que le irradiaba

por el brazo izquierdo hasta la punta de los dedos. Las náuseas le hicieron pensar que la leche en mal estado le había hecho daño. Vomitó sobre el embarcadero de la escuela, donde ya estaba esperando a su góndola, y empezó a notar que se ahogaba. Abrió la boca afanosamente, como intentando comerse el aire que se negaba a llenar sus pulmones. La presión en el pecho se convirtió en dolor, y la visión de la laguna desapareció ante sus ojos, que empezaron a ver una película acelerada de toda su vida, desde que nació en aquella aldea de Taraba, el seminario, su única experiencia sexual, sus amigos, sus alumnos, la última clase en la escuela.

Su corazón se colapsó por el bloqueo de tres vasos, el oxígeno empezó a escasear en su sangre, sus rodillas se doblaron y su cuerpo se inclinó hacia adelante hasta caer sobre el agua negra y espesa de la laguna. Su último pensamiento fue para Elf, y su postrer deseo no fue encontrarse con la Virgen María y los ángeles en el cielo, sino que Tony estuviera equivocado y que en realidad su alumno preferido se hubiera enamorado de una muchacha en Badia y que eso explicase su ausencia.

La muerte, siempre caprichosa e injusta, no solo se llevó a Emmanuel Odeda, sino que privó de la educación a toda una generación de niños de Makoko.

Fue enterrado en Lagos, en una fosa común, como él habría deseado, sin ritos, ceremonias ni oficios religiosos. Tony no acudió, Doris no obtuvo el permiso de sus señores y el alcalde Babatunde Fashola envió una nota con sus condolencias que fue introducida en el hoyo, con los restos del finado.

5

Antes de que saliera el sol Víctor ya estaba en pie. El curandero tenía una creencia religiosa que mezclaba el cristianismo con la brujería y el paganismo. Aunque no sabía leer, tenía una biblia con tapas de piel que besaba siempre al levantarse por la mañana, para agradecer a Dios poder vivir un nuevo día. Pero también seguía la religión Yoruba, y creía en los espíritus, en la reencarnación y en la santería, de modo que tanto invocaba a Dios como a Olofin. Ante la duda, era mejor llevarse bien con los dos.

Se colocó junto a Elf, y observó con la escasa vista que le quedaba, pero con mucho detenimiento, su cuerpo magullado, su ojo izquierdo completamente cerrado y el oído reventado. Se fijó en sus manos, llenas de callos y coronadas con unas uñas sucias y quebradas, maltratadas durante buena parte de sus todavía pocos años de vida.

También prestó atención a su respiración, entrecortada como consecuencia de la opresión de las costillas rotas.

Estaba concentrado en ello cuando Elf abrió el ojo derecho, como si hubiera sentido la mirada del curandero. Sin decir nada, intentó levantarse, pero otra vez el dolor se lo impidió. El viejo le extendió su mano deformada por la artrosis y dificultosamente le ayudó a incorporarse.

Víctor despertó de una voz a su sobrino, que se puso en pie de inmediato, como si estuviera provisto de un resorte con muelles. Le ordenó que fuese a buscar agua y que le bajara del estante las latas de sus hierbas. El pozo estaba a tres kilómetros de la casa, y de ordinario había que hacer largas colas para esperar el turno, pero el chico no rechistó. Le acercó el bidón que usaron la noche anterior, donde aún quedaban un par de litros de agua, cogió dos garrafas vacías de plástico blanco y se marchó. Aún era temprano y no esperaba encontrar mucha gente en el pozo.

El sanador se sentó junto a Elf y pensó que lo más urgente era el ojo. Empapó un trozo de tela en el agua en la que habían hervido las yucas y empezó a limpiárselo con cuidado. Además de sangre, una capa de legañas secas impedía abrir los párpados tumefactos y amoratados del herido. Con paciencia y valiéndose de las uñas, fue arrancando el pegote de sangre y humor vítreo que se habían secado junto al lagrimal de su joven paciente hasta lograr separar los párpados.

Elf apenas se quejó, aunque no pudo evitar sacudir la cabeza más de una vez cuando el curandero le hurgaba para quitar la sangre seca, arrancando con ella las pestañas. Elf seguía sin ver absolutamente nada con su ojo izquierdo. El viejo comprobó que con él era incapaz de distinguir siquiera la luz de la sombra. No hacía falta dedicar más tiempo a ese ojo. Lo había perdido, y solo había que

preocuparse de limpiarlo bien para evitar infecciones. No le dijo nada a Elf, ni el muchacho quiso preguntar.

El curandero siguió con el oído, también izquierdo. Lo primero que hizo fue sacar los huevos de mosca negra que habían depositados en él, sabedor de que las larvas podrían nacer en cuestión de horas. Le echó una especie de alcohol, obtenido de la fermentación de los dátiles, para desinfectar el oído y matar cualquier gusano que pudiera haber entrado en él. Para ello necesitó sujetarle la cabeza contra el suelo, pues el chico la sacudía violentamente por el escozor.

Con cuidado, el viejo introdujo un pequeño bastoncillo de madera por el conducto auditivo, y comprobó que el tímpano estaba roto. Mala cosa, pensó, tampoco podrá oír por ese lado. Acabó de limpiarle el oído, le retiró la sangre seca de alrededor y dio un trago de aquel alcohol a Elf para calmarle el dolor desde dentro.

Le palpó las costillas, descubrió que eran dos las que estaban rotas, pero que no le habían perforado ni la pleura ni los pulmones. Víctor había desarrollado mucho el sentido del tacto, y sus viejos y deformes dedos eran capaces de dibujar el contorno de cualquier hueso con la precisión de una radiografía.

El muchacho le pidió un poco más de aquel calmante, y Víctor se lo dio con la advertencia de que no se podía abusar de él. Le recomendó que durante cuatro días no moviera mucho la cabeza, para facilitar que cicatrizase la membrana de su oído, y que no se bañase. Para las costillas le recomendó que reposara y que comiera poco; esto último iba a ser lo más fácil. Del ojo seco no le dijo nada, solo que se lo lavaría dos veces al día con agua hervida.

Aún no había terminado Víctor de limpiar el oído izquierdo a Elf cuando llegó su sobrino. Traía dos garrafas de agua y un lagarto verde y grande, que proporcionaría proteínas a los presentes.

El agua de las garrafas no era transparente, y en ella había partículas sólidas en suspensión y algunos gusarapos. Víctor le mandó ponerla a hervir, y con una espumadera metálica fue sacando una a una las larvas de mosquito que zigzagueaban en el agua, arriba y abajo.

Luego cogió los tres lagartos cazados el día anterior y el de la mañana, y se dispuso a destriparlos primero, y a pelarlos después. Les cortó la cabeza y las garras, y le preguntó a su tío si los ponía a secar. El viejo le dijo que secara los más pequeños, y que hoy podrían comerse el verde, mucho mayor y que daba para los tres. Con un poco de arroz, el reptil sería un lujo que no tenían a su alcance todos los días.

Elf, una vez terminada la cura, le preguntó a Víctor cómo podía pagarle sus servicios. El viejo le contestó que no quería su pago, sino solo su agradecimiento. Le pidió que se quedase con él hasta después de la época de las lluvias, para ayudarle a arreglar el tejado de la casa y llenarle la despensa de carne seca, leña y agua. Los espíritus le habían dicho que su alma abandonaría su cuerpo después de dos inundaciones, y quería estar pertrechado cuando hubiese pasado la primera.

—¿Y tu sobrino? —preguntó Elf.

—Él también se quedará conmigo. Aún debe aprender todo lo que sé. Es un buen trabajo, el de curandero, y no puede estar cazando lagartos siempre, pues cada vez hay menos. Además, los jóvenes ya no quieren comerlos y prefieren cualquier cosa que venga envasada y etiquetada en inglés.

Durante los días siguientes Elf recibió los cuidados del viejo, que le curó con mimo las heridas, y aunque no recuperó ni la vista ni el oído perdido, se acostumbró a vivir con la mitad de esos dos sentidos. Así, concentró toda su capacidad sensorial en su lado derecho, que agudizó hasta casi compensar la mutilación sufrida.

En tres semanas Elf estaba listo para trabajar para sus salvadores, dispuesto a saldar su deuda con ellos antes de volver a Makoko a rehacer su vida. Las lluvias no tardarían en llegar, el verano estaba en plena canícula y eso era el prelude de las inundaciones.

Víctor le dijo a Elf:

—Puedes irte si quieres. Con un solo ojo y medio sordo no vas a serme de gran utilidad. Vuelve con tu familia. Me arreglaré con mi sobrino, y este año quizá toque

sequía otra vez y la estación de las lluvias se olvide de nosotros. Le he rezado a Dios e invocado a todos los Orishas del Panteón Yoruba para que llueva, pero creo que ellos también se están quedando sordos.

—Os agradezco mucho los cuidados. No sé qué hubiera sido de mí sin vosotros.

—Ven a visitarnos de vez en cuando, sobre todo a mi sobrino, que a mí quizá ya no me encuentres en este mundo.

—¡No diga tonterías, abuelo!

—Y ten cuidado con las zarzas. Anoche tuve una revelación que no supe interpretar, te vi colgado de una pared de espinos.

—¡Claro que tendré cuidado! Evitaré los zarzales y las chumberas —le contestó entre risas.

Elf se despidió de Víctor y de su sobrino, y fue caminando por la carretera que bordea la laguna en dirección a Makoko. No habían pasado ni veinte minutos cuando una gran tormenta anunció que este año la temporada de lluvias no se había olvidado de Nigeria, y que Dios y todos los Orishas quizá no estaban tan sordos como pensaba el viejo curandero.

6

Elf llegó a Makoko, sin barca y sin dinero. Su casa estaba doscientos metros laguna adentro, no tenía forma de comunicarse con sus hermanos ni con el viejo profesor, y se sentó en el embarcadero donde solía cargar los bidones a esperar a que llegase algún barquero. No tardó en aparecer Omar, un viejo lobo de mar que cuando se agotó el pescado de la laguna por culpa de la contaminación se dedicó a transportar licores para alimentar el creciente alcoholismo de la población masculina del barrio. Tenía en la barca media docena de botellas de koboko y otras tantas de kondo, licores a los que se les asocian efectos afrodisíacos, pero que en realidad solo son aguardiente barato envasado en un recipiente con una serpiente o un escorpión dentro.

Elf se dirigió a Omar, que estaba contrariado porque no se le había dado bien el día, tras vender solo un par de botellas de licor.

—¿Me puedes acercar a mi casa? Vivo muy cerca, pero me han robado la barca y no puedo llegar.

—Haber tenido más cuidado. Te costará cinco dólares que te lleve.

—No tengo dinero, Omar. Les diré a mis hermanos que te paguen cuando lleguemos.

—¿Tú eres Elf, el pequeño de los Okeke?

—Sí.

—Tus hermanos ya no viven allí. Creo que vendieron el palafito a una familia extranjera y se fueron del barrio. Me han dicho que con el dinero querían llegar a Europa. A ti te daban por muerto.

—Pues llévame a la escuela, allí estará el profesor Odeda, que me ayudará y también podrá pagarte.

—¿El profesor qué...? Si es el maestro, ese está seco, y la escuela ahora es la guarida de los “vigilantes”.

Elf guardó un angustioso silencio. De repente se dio cuenta de que no tenía ni dinero, ni barca, ni casa, ni familia. Por primera vez desde que tenía memoria no supo qué hacer ni qué decir. Omar le rescató de su parálisis y le ofreció dormir en la barca, a cambio de que se la vigilara. Le pagaría con una botella de licor.

El chico aceptó, había oscurecido y no tenía demasiadas alternativas.

—Te propongo que trabajes conmigo —continuó Omar—. Tú puedes traer el koboko desde Lagos, y yo lo vendo. Te daré un quince por ciento de las ventas. ¿Qué te parece?

—¿Y cómo lo voy a traer? ¡No tengo ni siquiera un carro para empujarlo!

—¡Maldita sea, pues búscalos, o cargas las botellas en un saco!

Al mismo tiempo que le decía esto le tiró un saco de tela de los que usa la Cruz Roja para repartir patatas y legumbres.

—Mañana llegará un camión a Kosofe. Iremos juntos para que conozcas a

Mustafá, que es mi proveedor de licores, y viene cada lunes con su cargamento de contrabando. Luego ese trabajo lo harás tú solo. ¿Socios?

—¡Socios!

Omar sacó del zurrón un trozo de pan duro y un arenque y se los tiró a Elf, que los agarró al vuelo.

—Con esto y una dosis de licor descansarás como un niño. Tápate con la manta y procura que esté siempre seca. Mañana al amanecer vendré a buscarte.

Cargó todas las botellas excepto una, que ya estaba abierta y empezada, y se fue.

Elf se comió primero el arenque, luego royó el pan y terminó dándole un buen trago al koboko, que quizá no tenía las virtudes que se le atribuían, pero al menos era líquido y desde luego calentaba la garganta y el estómago. Un profundo sopor le invadió de inmediato. Se acurrucó en la popa envuelto en la manta y se durmió enseguida, a pesar de la humedad y la pena.

El cansancio y el aguardiente dieron como resultado una serie de pesadillas que no le abandonarían en toda la vida: que moría la gente a su alrededor, que otra vez le robaban y que le daban una paliza de muerte.

El amanecer le salvó de perder un ojo por segunda vez, y la voz de Omar le confirmó que solo estaba soñando.

—Andando, que tenemos una hora de camino. Coge el saco y sacúdete el sueño.

Omar no era un tipo muy hablador, ni tampoco simpático. Caminaba deprisa, a pesar de que sus enclenques piernas no lo sugerían, y lo hacía siempre evitando las carreteras principales, para no encontrarse ni con la policía ni con los asaltantes de caminos que frecuentaban el lugar.

Llegaron exactamente en una hora, y allí estaba Mustafá con su Volvo de tres ejes atestado de cachivaches, botellas y productos de todo tipo que traía desde la cercana Benín, donde era fácil conseguir alcohol, tabaco, ropa de marcas falsas o zapatillas deportivas. Todo lo que fuera susceptible de ser vendido podía encontrarse en aquel viejo camión.

Eran los primeros comerciantes que se encontraban con el mayorista del negocio de importación, y los dos hombres se saludaron con sincera cordialidad. El camionero levantó un lateral de la lona del vehículo y bajó de ella dos cajas de madera con seis botellas de licor de serpiente cada una. También le ofreció a Omar unos cartones de tabaco rubio americano, Winston y Marlboro, que había conseguido muy baratos comprándoselos a los marines que estaban en Porto Novo. Omar sabía que el tabaco lo vendería con gran facilidad y le pidió diez cartones. Los metió en un saco, junto con las doce botellas de licor y varios ejemplares de números atrasados y arrugados de *Private*, que también le habían proporcionado los soldados americanos.

Regatearon el precio y finalmente acordaron un montante global de ciento sesenta dólares, o treinta mil nairas. Omar pagó en billetes americanos y Mustafá se lo agradeció.

La mercancía, debidamente colocada en los sacos de tela, fue cargada por los dos socios: Omar llevó el tabaco y las revistas, y Elf las 12 botellas de licor. Caminaron siguiendo sus pasos, y una vez perdieron de vista al camionero, el socio mayoritario de la compañía le dijo a Elf que parase, que comerían algo.

Se sentaron junto al sendero que iba paralelo a la carretera, y Omar volvió a sacar de su zurrón dos arenques y dos trozos de pan. Le dio a Elf un trozo del chusco y la mitad de uno de los pescados secos, que cortó con una navaja de pescador sin punta pero muy afilada.

—Te descontaré el almuerzo de tu parte en el negocio.

Apenas se habían sentado en el suelo cuando un coche de la policía que circulaba muy despacio por la carretera paralela se paró junto a los viajeros. Sin bajar siquiera del coche, que tenía las ventanillas abiertas, el policía se dirigió a Omar con cierta familiaridad y le preguntó:

—¿Tienes licencia de vendedor ambulante? No me gustaría sancionarte por ello.

—¡Claro que sí! —contestó Omar dándole un billete de diez dólares y un cartón de Winston.

—Pero aquí falta la firma del alcalde —replicó el policía.

—Disculpe, agente, aquí tiene —dijo el comerciante entregándole otro billete de diez dólares.

—Ok, todo en orden. Viajen con cuidado.

Tras ello, el vehículo policial prosiguió su camino, y Omar maldijo a toda la familia, viva y muerta, de los miembros del cuerpo de policía de Nigeria.

—Chico, vámonos antes de que vuelvan a pedirnos los papeles.

Siguieron su camino trajinando con sus sacos, el de Omar ya más ligero y el de Elf cada vez más pesado, hasta que llegaron a la barca donde los dejaron. Era ya mediodía y el más viejo de los dos dijo que tenían que ponerse en marcha e intentar vender todo lo que pudieran. Subieron a la pequeña embarcación, el más joven se puso a los remos y el veterano mercachifle en la proa anunciando a gritos las bondades del licor y la calidad del tabaco americano.

Esta vez no contó Omar con que las patrullas de vigilancia se habían convertido también en recaudadores de impuestos, y cuando aún no habían vendido ni una sola botella una barcaza con tres tipos que apenas eran unos muchachos le cortaron el paso.

—¡Eh, tú! ¿Qué llevas en esos sacos? —preguntó el más alto de los ocupantes de la barcaza, el que parecía asumir el papel de jefe de la patrulla.

—Nada que te importe —contestó Omar con suficiencia.

—No me toques los cojones —respondió el patrullero mientras le señalaba con una porra—. Abre los sacos que yo vea lo que hay dentro.

—Ven tú aquí a abrirlos, si quieres —dijo desafiante Omar.

La respuesta sorprendió al vigilante, que acariciaba la porra como si quisiera sacarle lustre y en actitud amenazadora, pero a la vez dubitativa.

—Y si no vas a venir a ver lo que hay, apártate de en medio.

La escena, a pesar de que duró pocos minutos, provocó un pequeño atasco de barcas en el estrecho canal por el que circulaban, y los curiosos salieron a las puertas de sus casas para ver lo que era aquella discusión. Omar habló muy alto

con esa intención, sabedor de que ante demasiados testigos aquellos “vigilantes” de pacotilla no se atreverían a hacer nada.

A todo esto, Elf estaba paralizado por el miedo. Conocía a esos “vigilantes” y sabía de sus escasos escrúpulos cuando van en jaurías. Por suerte solo eran tres y el barrio estaba lleno de gente.

El líder de los “vigilantes” hizo un gesto al que remaba con el que le indicó que había que irse, sin dejar de mirar a los ojos a Omar.

—Ya te pillaré, cabrón.

Y se fueron, sin prisa y con altivez, esperando mejor ocasión para recaudar sus mafiosos impuestos.

Omar le dijo al chico que por hoy era mejor dejarlo, pero la publicidad que le dio el acontecimiento hizo que varios curiosos se interesaran por su mercancía, y en cuarenta minutos vendió el tabaco, la mitad de las botellas de koboko y todas las revistas menos una, que en un descuido Elf escondió debajo de la tabla donde se sentaba para remar.

—Quizá mañana todavía esté Mustafá en Kosofe. Iremos temprano a por más mercancía.

Volvieron al embarcadero. Omar se fue a su casa y Elf se quedó vigilando, agotado de cargar botellas, andar y remar. El muchacho obtuvo en pago de su participación en el negocio doscientas nairas, un trozo de tocino, unas bolas de maíz y una banana, que, junto con una dosis de licor de serpiente, constituyeron su cena. Tras ella, y a la luz de la luna llena, ojeó la revista que había escondido y disfrutó de la espectacularidad de aquellas mujeres tan del gusto americano, de enormes pechos, prominentes caderas y largas melenas al viento que posaban junto a coches deportivos. Pero aún gozó más con los cuerpos musculosos y bien dotados de los tipos que se las trajinaban. Tuvo que aliviarse dos veces aquella noche, y entendió por qué muchas páginas estaban pegadas.

Jeanne era una mujer vigorosa, activa y de gran carácter. Había criado a sus dos hijos, ambos varones, sin más recursos que las ganancias de la pesca de su marido, primero, y de la venta ambulante, después. Como poseía unas manos hábiles, cosía ropa para su familia y sus vecinos, remendaba pantalones y tejía chaquetas de lana con las que abrigaba a sus hijos.

Su esposo tenía muchos acreedores que de vez en cuando se acercaban a su casa a buscarlo, y estaba acostumbrada a lidiar con ellos. Normalmente eran muy chillones y desagradables, pero ella sabía cómo manejarlos. Les daba largas o les pagaba una pequeña cantidad a cuenta con la promesa de liquidar la semana siguiente, o inventándose las excusas más peregrinas.

Por eso no le extrañó la llegada de aquella barcaza con tres jóvenes vociferando su nombre y lanzando improperios. Jeanne salió confiada a la puerta, dispuesta a decirles que Omar no volvería hasta la noche, cuando uno de los hombres ya había bajado de la barca y estaba en el destartado porche de la casa.

—Soy Braima M'Baye, jefe de los “vigilantes” de Makoko, y venimos a llevarnos a su marido —se presentó el hombre, atribuyéndose un cargo que ni siquiera existía.

—Mi marido no está. Salió a trabajar y no sé cuándo volverá.

M'Baye sacó un machete afilado de la vaina de cuero y en un rápido gesto le cortó la garganta a la mujer, quien, desprevenida, no acertó a apartarse y no pudo más que echarse las manos al cuello. La siniestra trayectoria del cuchillo le seccionó una oreja, la mejilla y la tráquea. La mujer intentó gritar, pero el aire no llegaba a su boca.

—Nadie humilla a Braima N'Baye en público, y menos delante de sus hombres. Díselo al hijo de puta de tu marido.

Los hombres de la barcaza reían la ocurrencia de su jefe, y las mujeres que salieron a sus porches para ver lo que estaba pasando, alertadas por los gritos, se pusieron las manos a la cabeza. Algunas chillaron también, otras lloraban al ver a Jeanne desesperarse de dolor en silencio.

—¡Todo el mundo a su casa! —gritó el agresor—. O también tendrán su ración.

Tras ello se volvió a su barcaza, y con expresión de suficiencia y satisfacción gritó al remero:

—¡Vámonos!

Se fueron orgullosos, reconstruyendo la hazaña con gestos y exageradas risotadas.

De inmediato, se acercaron tres mujeres a ayudar a Jeanne, que se había quedado arrodillada en el suelo de su porche, bañada en la sangre que no dejaba de brotar al ritmo de sus aceleradas pulsaciones. Una de las vecinas le taponó el corte con su camiseta, pero la sangre seguía saliendo sin cesar, empapando el tejido. Nadie encontraba un remedio para aquello, y la desesperación era cada vez mayor. Llegaron más personas, que se arremolinaron alrededor de Jeanne, pero no alcanzaban a encontrar una solución.

El dolor y la hemorragia hicieron que Jeanne se desmayara y su cuerpo perdiera la tensión, convirtiéndose en un saco de huesos y carne derrumbados. Al menos no sufría el insoportable dolor que tenía, y empezó a soñar que vivía en una casa en tierra firme, con huerto y animales domésticos, como cuando era niña. Ordeñaba a la cabra, le daba de comer maíz a las gallinas y escuchaba las historias que le contaba su madre durante la cena, que le hablaba de extensas sabanas y tupidos bosques, animales salvajes y ríos en los que no se veía la otra orilla.

La hemorragia masiva hizo que su corazón no pudiera bombear suficiente sangre, disminuyó su presión arterial y dejó incluso de soñar. De nada sirvieron los cachetes que le daban en el lado bueno de la cara, ni el aire de los abanicos, ni los ruegos de las comadres para que despertara. Sus sueños acabaron, la sangre dejó de manar en cuanto se paró el corazón y los gritos de las vecinas se tornaron llantos.

Michael y Charles, sus hijos, no llegaron a verla con vida cuando volvieron de recoger chatarra de los vertederos de Lagos. El mayor juró por su vida que el indeseable que había hecho eso lo pagaría.

Ajeno a todo ello, Omar encontró a Mustafá todavía en Kosofe, quien no había marchado por una avería en su viejo camión, y todavía tenía un par de cajas de licor y algunos cartones más de tabaco. La mercancía había subido de precio de un día para otro.

—Es la ley de la oferta y la demanda —dijo el camionero para justificar que ante la escasez de productos estos suben de precio.

Regatearon, y Omar aceptó pagar algo más que el día anterior, cargó sus doce botellas de licor de serpiente y los seis últimos cartones de tabaco y se encaminó de nuevo a Makoko.

De vuelta, no hubo encuentros con la policía, ni con los “vigilantes” una vez llegaron a la laguna, pero los canales de Makoko padecían una extraña agitación. Elf creyó notar que la gente murmuraba al paso de su barca, y nadie parecía interesado en comprar nada hoy. Omar le dijo a su socio que pusiera la proa hacia su casa. Se extrañaron al ver a tanta gente en la entrada y lo que parecía un cuerpo humano cubierto con una sábana en el suelo de madera del porche. La extrañeza se tornó horror cuando reconoció a sus hijos acuclillados ante el cuerpo inerte, del que solo podía ver los pies y los tobillos adornados con las alhajas de bisutería que le regaló a su esposa por su cumpleaños.

Seis días y seis noches estuvo sentado Omar junto a la mesa donde cenaba con su mujer después de cada jornada. Sin hablar y sin comer, hasta que su hijo Michael le dijo que iba a matar al indeseable que le había hecho eso a su madre.

—Lo haré yo.

—No, lo haremos mi hermano y yo. Tú eres muy viejo para esto. Ya sabemos quién ha sido y dónde encontrarlo.

—Yo también sé quién ha sido. No quiero que vayáis vosotros. He perdido a mi esposa y no quiero perder también a mis hijos. Yo ya he vivido muchos años. Vosotros no. Y no me subestimes, sé manejar un cuchillo y un arpón, y vosotros sois demasiado fogosos e inexpertos.

—Lo haremos juntos —dijo queriendo concluir el hijo.

—Está bien. Así sea, pero cuando yo lo diga, ¿ok?

—Ok.

Elf se había ocupado del negocio y vendido toda la mercancía, hasta que al séptimo día de ausencia de Omar este volvió para pasar cuentas con el muchacho y le felicitó por su buen hacer.

—De algo me tenía que servir ir a la escuela. El profesor Odeda me enseñó bien, y Mustafá no ha podido engañarme con sus cuentas, que siempre salían a su favor.

—Esta noche descansa bien, que mañana tendrás que ir a ver a Mustafá tú solo. Compra licor y tabaco, no te dejes enredar con las baratijas invendibles que siempre quiere colocar. Y no te gastes más de doscientos dólares. Le dices a Mustafá que yo le pagaré la semana que viene.

—No te preocupes, Omar. Ya lo sé casi todo del negocio.

Ante la presuntuosa respuesta del chico, el viejo comerciante alivió su amargura con media sonrisa y se despidió alzando la mano y sosteniéndola en alto un par de segundos.

Elf no pudo dormir aquella noche, pensando en cómo negociar con el camionero y preocupado por Omar, que cada día tenía peor aspecto. Para quitarse los malos pensamientos de la cabeza cogió la revista de debajo de la manta y enganchó un par de páginas más.

8

Omar se levantó mucho más temprano de lo habitual y despertó a Elf cuando llegó hasta la barca que le hacía de lecho. Todavía estaba abrazado a la revista que se guardó, y el viejo barquero no pudo evitar esbozar su primera sonrisa abierta desde hacía una semana.

Le dijo al chico que antes de ir a buscar licor tenían que visitar a un amigo sanador en Ondo, pues necesitaba una medicina para curar el alma. Y que, si no les daba tiempo a ir a Kosofe, lo harían al día siguiente. Atravesaron todo el barrio y llegaron al puente de Mainland, donde ataron la barca a una pilastra.

—Esconde la revista, o te quedarás sin ella —le dijo Omar a Elf a modo de indicación de que se ausentarían un buen rato.

Anduvieron por las sinuosas y polvorientas calles de los arrabales del antiguo puerto de Lagos y se adentraron en un barrio sórdido que no invitaba a pasear. Los dos forasteros andaban con determinación. Elf siguiendo a Omar, sin atreverse a fijar la mirada en ninguno de los hombres que les observaban a su paso. Los lugareños parecían extrañados por la presencia de desconocidos en aquel lugar, casi nunca frecuentado más que por camellos y por sus clientes, al que nunca entraba la policía y donde no había trabajo, escuelas ni más comercio que el de la droga.

Un grupo de cuatro jóvenes salió al paso de los solitarios caminantes, y sin mediar palabra, uno de sus integrantes les hizo el alto con un gesto cargado de autoridad. La tensión del momento era muy evidente, y la mirada de los cuatro hombres, hostil. Sin esperar a que le preguntaran nada, Omar dijo que venían a ver a su primo Sani para hablar de negocios.

El mismo hombre que le había hecho el alto le invitó con un nuevo gesto a que les siguieran. Los condujo por diversas callejuelas, formadas por fachadas semiderruidas y barracas reconstruidas con escombros, tablas y latas recortadas de viejos bidones oxidados. No había coches, ni motocicletas, ni apenas personas en la calle, aunque se intuía su presencia tras las miserables paredes y las inexistentes puertas. De vez en cuando se oían las disonantes notas que bramaban los aparatos de radio, que intoxicaban el aire con rap y hip hop americano.

Entre toda aquella miseria destacaba una casa, tan sólida como hortera, fabricada de ladrillo y forrada de mármol rosa. Una puerta más propia de una iglesia que de una vivienda ocupaba el centro de la construcción, y superpuesta, una reja de hierro que ahora se encontraba abierta. La casa estaba coronada por un tejado innecesariamente inclinado, rematado por una antena parabólica y un torreón en el que se adivinaba la presencia de un hombre armado con un fusil.

El tipo que primero les dio el alto y luego les invitó a seguirlo, nuevamente sin palabras, les indicó con un ademán imperativo que se esperaran. Omar y Elf

obedecieron.

Se quedaron muy quietos frente a la puerta, bajo la atenta mirada del centinela, y al cabo de un par de minutos, otro hombre, vestido con un traje de lino blanco y una corbata decorada con diminutas banderas nigerianas les hizo pasar a un recibidor. En medio de la sala había una fuente y en una de las paredes, un inmenso póster de Los Ángeles Lakers luciendo el anillo de campeones de la NBA en la temporada 2010, firmado por todos sus jugadores, y con un marco demasiado grande. En un rincón, una réplica de oro del balón utilizado en la competición estadounidense de baloncesto y una fotografía de Sani con las estrellas de su equipo favorito, Pau Gasol y Kobe Bryant.

Ni Omar ni Elf conocían nada de lo que estaban viendo, pero era tan llamativa la decoración que se entretuvieron mirándola. Unos minutos después de llegar, el mismo hombre trajeado que les recibió vino a buscarlos y los llevó ante Sani Kaku.

Sani estaba sentado en una especie de trono, con una piel de tigre de aspecto sintético en el suelo y la cabeza disecada de un león encima de él. Tenía una cerveza en la mano derecha y un revólver Smith & Wesson del calibre 0,38 en la izquierda, con el que jugueteaba haciéndolo girar en el dedo índice.

—Hola, primo y compañía. ¡Cuánto tiempo sin verte! La última vez debió de ser por el entierro de tu padre... ¿O fue el de tu madre?

—Debió ser en el entierro de tu madre, pues mi padre y mi madre murieron antes de que tú nacieras.

—¡Qué cabeza la mía! ¿Qué te trae por aquí, primo?

—No recuerdas ni mi nombre. Soy Omar, hijo de tu tía Alike, la hermana de tu padre.

—Claro que te recuerdo... Omar... ¿En qué puedo ayudarte?

—Necesito una medicina muy especial, a base de hierro, pólvora y plomo para soldar unas cuentas pendientes. Te pagaré lo que valga.

—¿Cuánto quieres gastarte? Aquí estamos bien surtidos.

—Lo que haga falta. No hay límite. Pero quiero que sea algo bueno de verdad.

—Bueno, primo, como no creo que seas muy hábil con las armas de fuego,

buscaremos algo contundente con lo que no sea necesario apuntar muy bien.

Sani Kaku chasqueó los dedos y se acercó una joven de cuerpo estilizado y escasa indumentaria. Tras decirle algo al oído, la muchacha se marchó y volvió al cabo de unos minutos con una *trombonera* Remington 870 y una caja de cartuchos de postas.

—Mira, primo, esto es muy fácil de usar. Le caben tres cartuchos dentro, y en cada uno hay nueve postas de plomo. A la distancia adecuada puedes matar a nueve tipos de un solo tiro, y si estás lo suficientemente cerca de tu objetivo, le harás un montón de agujeros al hijo de puta que haya merecido que te tomes tantas molestias. Pero yo te recomiendo que le apuntes a la cara. Posiblemente se morirá antes del susto que del disparo. Te voy a mostrar cómo funciona.

Sani agarró el arma, introdujo los tres cartuchos que cabían en el alimentador y la montó diciendo:

—Es sencillo: se meten los cartuchos por aquí abajo, y antes de cada disparo, le das a esta corredera hacia atrás, y ya está listo para disparar.

A continuación, volvió a mostrar cómo se hacía la sencilla operación y disparó contra un ánfora que imitaba las que usaban los romanos, haciéndola pedazos. Montó de nuevo el arma y disparó más lejos, a una vitrina en la que exhibía distintos trofeos, y de un solo disparo destrozó varias cristaleras y saltaron por los aires copas y placas conmemorativas, con un estruendo ensordecedor.

—¿Has visto, primo? Con esto matarías a un búfalo. ¿Quieres probarlo?

Tras ello, la jovencuela que le había traído el arma se acercó a Omar y con un gesto le invitó a probarla. Omar la sostuvo en sus manos, imitó el gesto de su primo para montar de nuevo el cartucho en la recámara y apuntó a lo que quedaba de la vitrina que antes había destrozado su anfitrión. Disparó y no quedó derecho ni uno solo de los trofeos que allí había, unos abatidos por el disparo, otros tumbados como si de unos bolos se tratasen.

—Es perfecto, Sani. ¿Cuánto vale este juguete?

—Quinientos dólares estará bien. Y te incluyo una caja de veinte cartuchos de postas en el precio, y un rato con mi amiga Sade para que os vayáis contentos.

—Te doy trescientos dólares, y solo quiero tres cartuchos, no tendré tiempo de recargar el arma. A la niña te la puedes quedar.

—Trato hecho. Lástima que no quieras a la niña, te pierdes los labios más complacientes de toda Nigeria. Como es lógico, has de pagar por adelantado.

—Por supuesto, contaba con ello, no es seguro que vuelva a verte vivo otra vez.

Omar le entregó los trescientos dólares americanos a Sade, cogió la *trombonera*, le metió los tres cartuchos nuevos y se despidió de Sani.

Elf se fue de allí acojonado, Omar contento porque estaba dispuesto a pagarle los quinientos que le pedía, y Sani satisfecho, pues aquella mierda de escopeta no le había costado ni cien dólares en el mercado negro.

Diez minutos después ya estaban de nuevo en la barca, camino de Makoko. Elf con las manos en los remos y Omar con la mente fija en el rostro de Braima N'Baye, a quien imaginaba con la cara hecha pedazos rabiando de dolor antes de morir.

9

Aún no había oscurecido cuando entraron en los primeros canales de Makoko, y los mosquitos ya habían empezado a merodear los cuerpos calientes de sus moradores. Nubes de insectos volaban de un lado al otro del barrio, mecidos por el aire y gobernados no se sabe bien por qué o por quién, pero siempre al unísono y sin chocar entre ellos.

Omar de vez en cuando se sacudía la cabeza y manoteaba, en un intento inútil de evitarlos, y Elf remaba todo lo deprisa que podía con la absurda idea de dejarlos atrás.

El arma recién comprada, cargada y lista para ser utilizada, la llevaba el viejo comerciante junto a sus pies, cubierta con una vieja manta para que su presencia

fuese discreta. Camino de casa, pasaron frente a la antigua escuela flotante, y Omar tuvo la tentación de acabar con el hijo de puta que había matado a su esposa, aunque también le fuese la vida en ello. Pero pensó que la hora no era la mejor, y que esos bastardos serían mucho más vulnerables dentro de unas horas, cuando las drogas y el alcohol hubieran reblandecido un poco más sus entendederas. Pasaron junto al embarcadero, escucharon las estridentes radios con la música rapera que tanto odiaba y olió el crack que fumaban dentro de lo que había sido el aula. No quiso ni girar la cabeza, para no cruzarse con la mirada de Braima M'Baye, pues estaba seguro de que no podría contener las ganas de acabar con él en ese mismo momento.

Llegaron al lugar donde acostumbraban a dejar la barca, y Omar le dijo a Elf que aquella noche se quedaría a dormir en el bote, y que él podía ir a su casa si quería. Le dijo que no tenía ánimo para dormir en la cama que había compartido durante treinta años con su esposa, y que quería estar solo, bajo la luz de las estrellas.

—Ven mañana al amanecer, Mustafá estará todavía en Kosofe, e iremos a reponer licor y algunas cosas más.

—¿No harás ninguna tontería con eso que has comprado? —preguntó Elf.

—No haré ninguna tontería, te lo aseguro.

Elf se fue intranquilo. Decidió que avisaría a los hijos de Omar de que su padre no vendría esa noche, y luego volvería a la barca para no dejarlo solo. Cuando llegó a la casa de su socio encontró a los dos hermanos ebrios de licor de serpiente, desmayados en el suelo entre restos de vómitos y alcohol. Resignado, renunció a decirles nada en absoluto. Volvió al embarcadero, pero Omar ya no estaba allí.

En la vieja escuela flotante, hoy guarida de los supuestos guardianes del barrio, varios de sus más destacados miembros estaban jugando al póquer, bebiendo cerveza y fumando crack. Entre ellos estaba M'Baye, que lanzaba los naipes con gestos chulescos y pedía cartas con una mirada altiva y los ojos entrecerrados por el humo del petardo que se fumaba. Aquella partida estaba durando horas, y el

asesino de Jeanne estaba teniendo una muy buena noche, ganando a todos sus adversarios y aumentando su autoestima hasta niveles inimaginables. El resto de los jugadores fue abandonando uno a uno la partida, con gestos de fastidio y decepción y un cabreo inversamente proporcional a la felicidad del ganador.

La última mano se alargó hasta la madrugada, y el último adversario que le quedaba a M'Baye se fue a la proa de la barcaza a mear la cerveza.

Se sacó su larga y amorcillada verga y se dispuso a oír el chapoteo del orín cayendo sobre las aguas negras de la laguna, pero el ruido le pareció que era como el de mear sobre un trozo de madera: frente a la barcaza, y bajo ella, una pequeña embarcación con un hombre de pie le apuntaba con una escopeta. Montó el arma y le hizo una señal poniéndose el dedo índice de la mano izquierda de forma vertical delante de la boca cerrada, indicándole silencio, mientras que el arma, apuntando directamente a su bajo vientre le advertía de las consecuencias que tendría el no obedecer su orden.

El jugador de póquer obedeció ante la contundencia de los argumentos de Omar, y este abordó la barcaza con facilidad. Con otro gesto le indicó amenazante que volviera junto con M'Baye, mientras él se refugiaba entre las sombras, siempre con la *trombonera* sujeta y lista para ser utilizada.

El hombre llegó junto a M'Baye pálido y tembloroso, y este pensó que había bebido demasiada cerveza, y le dio una palmada en la espalda, entre amistosa y burlona, demostrándole también una cierta superioridad en la forma de beber y fumar. Confiado y relajado, no vio cómo Omar salía de entre las sombras y se colocaba delante de los dos últimos competidores de la partida de cartas, encañonándoles a ambos a tres metros de distancia.

El jugador que perdió la última partida se cagó, sin dejar de temblar, pues la determinación con la que actuó Omar le hizo pensar que no dudaría en disparar. M'Baye fingió estar tranquilo y se aguantó las ganas de mearse encima, que fue la primera reacción de su cuerpo.

Omar moviendo el cañón de la escopeta, señalando al cagado y a continuación la laguna, y nuevamente sin hablar, le indicó que se tirase al agua, cosa que el

hombre hizo inmediatamente, y se le oyó nadar atropelladamente durante varios metros. Quedaron solos M'Baye y Omar, pues los otros jugadores o dormían o se habían ido a su casa.

—¿Qué vas a hacer ahora, hijo de puta? —le preguntó el vigilante a Omar.

—Matarte. Pero no quiero hacerlo de prisa, sería demasiado generoso contigo.

—¿Y piensas hacerlo con esa escopeta de perdigones?

—No son perdigones precisamente lo que escupe esto.

Mientras lo decía, lanzó un primer disparo a la altura de las rodillas de M'Baye. Tres postas le alcanzaron, dos de ellas le desgarraron el muslo derecho, y la tercera le hizo trizas la rótula de esa misma pierna.

—Tengo dos cartuchos más. Me vas a suplicar que te los tire a la cabeza, cabrón.

Volvió a disparar, acercándose más para que las postas no se abriesen tanto, y le lanzó otra andanada, ahora sobre el hombro izquierdo. A pesar de lo cerca que estaba, solo cuatro de ellas hicieron blanco, suficientes para arrancarle de cuajo la cabeza del húmero.

Los alaridos que lanzaba M'Baye fueron terroríficos, y como esperaba Omar, estaba deseando que lo matara, pues sabía que ya se podía dar por muerto.

El viejo comerciante montó la *trombonera* por tercera y última vez, apuntó a la frente de su víctima, que lo miraba con los ojos fuera de las órbitas y cada vez más débil por la ingente cantidad de sangre que le brotaba de la pierna y del hombro. Omar esperó quince interminables segundos. Luego levantó el arma, encajó el cañón entre su barbilla y su cuello y movió el dedo índice por última vez. Las esferas de plomo salieron a una velocidad de doscientos metros por segundo y arrancaron y trocearon la cabeza de Omar, a la vista del sorprendido M'Baye, que con la mano derecha se sujetaba el hombro desmembrado mientras juntaba los dos muslos intentando cortar la hemorragia de la pierna.

El cuerpo decapitado de Omar se mantuvo en pie por la propia tensión de sus músculos, hasta que cayó hacia delante sobre el moribundo vigilante. M'Baye aún

tardó unos minutos en morir, y lo hizo sin poder desembarazarse del cuerpo sin cabeza de su verdugo. Como una ironía del destino, fallecieron abrazados mientras se mezclaban los ríos de sangre que manaban de uno y otro.

Cuando Elf llegó a la escuela flotante movido por sus sospechas y alertado por los tres disparos solo pudo confirmar que Makoko no era un buen lugar para vivir, y mucho menos para morir.

10

Makoko había perdido a un comerciante más o menos honrado y a un tirano que despertaba por igual odios que envidias. Los hijos de Omar no quisieron hacerse cargo de su cuerpo, y de M'Baye no se le conocía más familia que sus tres hermanos menores, uno de ellos también vigilante. No hubo homenajes ni recuerdos para los muertos. Ninguna autoridad civil, militar o religiosa ordenó que se hiciera una investigación de lo sucedido. Elf se sintió obligado a darle sepultura a su socio, de quien solo heredó los doscientos dólares americanos que llevaba todavía en el bolsillo y una navaja. La escopeta la había tirado al fondo de la laguna de una patada cuando llegó al dantesco escenario con los dos cadáveres, antes de vomitar hasta el último arenque de la cena del día anterior.

Con dificultad cargó el cuerpo enjuto y sin cabeza de Omar en la barca, lo tapó como pudo con la vieja manta que usaba para dormir y salió de Makoko con su siniestra mercancía. Puso rumbo al oeste, para salir de la laguna hacia mar abierto. Pensó que lo más adecuado para Omar sería entregárselo a los peces. Había sido pescador muchos años atrás, como casi todos los habitantes de Makoko cuando era una aldea. Y aunque eso Elf nunca lo llegó a conocer, había escuchado las historias que explicaban los más viejos, que exageraban al hablar del tamaño de los peces que se capturaban en la laguna cuando no era negra, o magnificaban las expediciones que hacían al océano para pescar atunes.

Elf pasó por delante de Badia y remó siempre en paralelo al puente de Ibrahim Babangida, hasta alcanzar la salida al mar abierto. Fueron tres horas de bogar a

ritmo constante las que le acercaron a la playa de Atlas, frente a la cual había fondeados medio centenar de mercantes, cuyos armadores no estaban dispuestos a pagar las astronómicas tarifas del puerto. Para Elf aquello fue un espectáculo increíble, pues lo más grande que había visto era la barcaza que servía de escuela, y aquellos buques eran tan grandes como inaccesibles. Sus cascos eran muros verticales de acero, y pasar junto a ellos era como navegar entre gigantescos monstruos. Reparó en el hecho de que un solo eslabón de la cadena del ancla de cualquiera de aquellos buques era más grande que la barca en la que remaba.

Había anochecido cuando pensó que aquel lugar era tan bueno como cualquier otro para lanzar el cuerpo de Omar al agua, y así lo hizo. Tiró de la manta, y por la popa de su embarcación hizo girar el desangrado cuerpo de su socio al mar. No se dio cuenta de que, desde un petrolero de bandera panameña, alguien observaba el afanoso esfuerzo de Elf para que se hundiera el cuerpo en el agua, empujándolo con uno de los remos.

El cadáver se hundió definitivamente, aunque la vieja manta salió a flote. A Elf le pareció muy prosaico todo aquello, y más aún cuando desde uno de aquellos barcos le enfocaron con una luz cegadora al tiempo que alguien le gritaba algo en un idioma que no había oído jamás.

Decidió que lo mejor era largarse de allí, pues no estaba dispuesto a explicar lo que había ocurrido, y decidió colocar los remos en sus estribos y remar todo lo rápido que pudiera otra vez hacia la laguna. Sin embargo, el tipo del foco también disponía de una emisora de radio, y en la bocana de la laguna una motora guardacostas pintada con los colores de la bandera nigeriana le cortó el paso. Una pareja de policías le hizo el alto y uno de los agentes le preguntó sobre quién era y a dónde iba.

Elf, que si algo le caracterizaba era que aprendía deprisa, para identificarse mostró a los policías los doscientos dólares que recibió de Omar, y le dijo que eso era cuanto llevaba. Con voz entrecortada les explicó que venía de lanzar el cadáver de su padre al mar y que iba a encargar unas misas por su alma. El policía le dijo que no le parecía una buena explicación, y el chico le entregó la

revista de las hojas enganchadas, los billetes arrugados de cien nairas que llevaba y una botella de licor de serpiente que guardaba junto a los cabos de la barca. A los policías les pareció así todo mucho mejor y le dijeron que no se entretuviera, que la noche estaba llena de maleantes y fantasmas. Elf le agradeció el consejo, les deseó que tuvieran un buen servicio y volvió hacia la laguna. Esta vez paró en Badia, donde pensó que encontraría a los únicos amigos con los que podía contar.

La temporada de lluvias estaba en pleno apogeo. Antes de desembarcar, se desató una enorme tormenta y llegó empapado a la ciénaga donde dejó la barca atada a un viejo tronco de baobab. Ya no tenía la manta para cubrirse, por lo que decidió caminar entre las montañas de escombros y basureros, ya desiertos de buscadores, para encontrarse con Lucky y con su tío Víctor. Anduvo desorientado entre escombreras y vertederos que le parecían todos iguales, sin encontrar la casa del viejo curandero. Vencido por el cansancio, decidió sentarse junto a un montículo de basura, apoyó la espalda sobre una pared de desperdicios y acomodó la cabeza sobre un ladrillo, abandonándose al sueño.

Y soñó que vivía en un lugar lleno de personas de tez blanca, que vestía de manera extravagante, cubriéndose los brazos y las piernas con ropas grises a pesar del calor. Los hombres se colocaban unas tiras de tela en el cuello, donde les hacían un extraño e inútil nudo, y las mujeres usaban una especie de tela transparente como el plástico para cubrirse las piernas y, sin embargo, dejarlas a la vista. Comían extrañas piezas de carne en forma de pene, cubiertas por un trozo de pan y manchadas con salsas de colores, y tomaban bebidas oscuras, burbujeantes y empalagosas que parecían excitarles. Algunos tenían por toda compañía ridículos perros enanos con lazos y chaquetas a los que llevaban atados con una cinta de cuero.

Estaba tan metido en ese absurdo sueño que no se dio cuenta de que un chucho le estaba lamiendo la cara. Era el perro de Lucky, que había salido a cazar lagartos muy temprano y volvió a encontrarse una vez más con Elf, al que saludó con sincera y espontánea alegría.

Hablaron de los últimos acontecimientos, de las muertes de Omar y Víctor un par de días antes, del saqueo que sufrió la casa del curandero tras su entierro y de

las desgracias que los asolaban. Comprendieron que ambos estaban en la más absoluta ruina.

Elf le propuso emprender viaje rumbo al norte, hacia Europa, donde podrían encontrar un buen trabajo, dejando atrás toda esa miseria consiguiendo una vida mejor. Lucky le escuchó con atención y pensó que era una buena idea. Por mal que les fuera, no iba a ser peor de como estaban ahora.

—¿Y cómo vamos a ir?

—Por mar. Del puerto salen docenas de barcos cada día, solo hay que escoger uno que vaya hacia Europa y colarse dentro. Mañana iremos al muelle, y al que tenga más blancos en su tripulación, lo abordamos. Aquí no somos nadie y no tenemos nada más que perder.

Recogieron sus escasísimas pertenencias, fueron a por la barca y se dispusieron a dejar el mundo conocido y descubrir el Universo.

11

Llegaron al muelle de Levante, y por su aspecto nadie habría dicho que aquel era el puerto con más movimiento de carga de toda África, pues solo se veían barcos amarrados y nadie en tierra. Pudieron acercarse a un buque que estaba lleno a rebosar de contenedores, lo que les hizo pensar que zarparía pronto.

Dejaron la barca y treparon por una escalera de hierro hasta el muelle. De entre el silencio apenas se levantaba el sonido metálico y gangoso de una radio que retransmitía un partido de fútbol. Lucky recordó que hoy era domingo, que se estaba jugando un campeonato mundial y que Nigeria tenía partido contra Bosnia-Herzegovina.

Estaban mirando por dónde acceder al mercante, cuyo único punto de unión con la tierra firme eran unas enormes amarras de cáñamo que lo sujetaban a dos bolardos. Empezaron a discutir si era mejor colgarse de la cuerda con las manos o hacerlo también con los pies, y mientras ensayaban los movimientos reían porque

parecían imitar a los monos. De pronto, Elf vio que en otro barco, a pocos metros de allí, había una pasarela de madera que le resultó de lo más atractiva. Al fin y al cabo, no sabían siquiera dónde iba ni un barco ni el otro, y siempre era mejor empezar sin jugarse la vida trepando por una soga.

Decidieron cambiar de objetivo y se acercaron al buque en cuestión. Sigilosamente llegaron hasta el precario puente que unía el muelle con la libertad y avanzaron haciendo crujir los viejos listones de la pasarela, a pesar del cuidado que pusieron. Cuando estaban a punto de abordar la cubierta de la nave, por encima de la baranda maciza de babor vieron una cabeza tocada con un sombrero blanco que se acercaba adonde estaban ellos. Estaban perdidos, expuestos a su mirada. Sin avisarse entre sí, se quedaron inmóviles y ambos cerraron los ojos, como si de ese modo tampoco el marinero pudiera verlos. La situación empeoró cuando, de repente, el marino lanzó un grito al aire que les hizo pensar que estaba alertando a la policía portuaria o a sus compañeros. Abrieron los ojos ante la certeza de que habían sido descubiertos y vieron al joven marino saltar alborozado, con los ojos cerrados con fuerza y las manos en el aire gritando: GOOOOOOL, GOOOOOOL, GOOOOOOL, y dar media vuelta como para avisar a sus amigos de la excelente noticia. Inmediatamente después se oyeron más gritos, amortiguados por las paredes del barco y que salían de algún lugar no muy lejos de allí.

Lucky y Elf aprovecharon el momento de confusión y corrieron hacia la proa del buque. Se metieron entre dos contenedores metálicos, separados entre sí por apenas unos centímetros, suficientes para albergar sus flacos cuerpos.

Pasaron horas allí, en silencio, oyendo de vez en cuando el sonido de los transistores y las voces de los marineros en la cubierta. No hablaron, casi ni respiraron, y esperaron a la caída de la noche y el abrigo de la oscuridad.

El calor entre los contenedores de metal era insoportable por momentos, y la sed un problema mayúsculo. Por suerte, acababa de empezar la época de las lluvias, y cuando creían que iban a morir de calor y de sed cayó una tremenda tormenta que los refrescó.

En ese momento, además, se atrevieron a salir de su escondite, pues pensaron

que con la que estaba cayendo ningún tripulante saldría afuera, y pudieron beber el agua que les caía en la boca abierta hacia el cielo. También anduvieron entre la carga del barco, intentando encontrar un espacio algo más confortable, pero todo era duro y expuesto a la vista de la marinería.

Sin embargo, Lucky encontró un contenedor que estaba abierto, quizá porque su contenido requería ventilación, o simplemente porque algún empleado había olvidado cerrarlo. Le indicó a Elf que se acercara y vieron que en su interior había mucho espacio libre, parecía ideal como escondrijo. Entraron, y lo primero que les sorprendió fue el extraño y penetrante hedor a estiércol que había en él.

Empezaba a anochecer, y por la puerta entreabierta por la que accedieron apenas entraba una leve claridad que no daba para distinguir en qué consistía la carga con la que querían compartir viaje. Sus ojos se fueron acostumbrando a la semioscuridad del lugar y vieron que estaban junto a un pequeño elefante, que por fortuna parecía dormido, quizá drogado. Junto al paquidermo había piezas de fruta que sin duda formaban parte de su dieta, y al menos pudieron comer.

Decidieron que sería un buen lugar, donde imaginaron que llevarían agua y comida con regularidad, y aquel animal no parecía agresivo. Además, era muy joven, a tenor de su tamaño y de que carecía de colmillos. Para aprovechar el volumen del contenedor junto al animal había otras cajas con mercancías dentro que servirían para esconderse detrás de ellas durante la travesía y no ser vistos por los marineros.

Las horas fueron largas en aquel lugar cerrado y oscuro, en el que apenas entraba luz por la puerta mal cerrada y por unos agujeros provocados por el óxido, distribuidos irregularmente por las paredes y techo de aquella enorme caja metálica. Gracias a ellos sabían si era de día, anochecía o si llovía. Descubrieron que dos veces al día un muchacho no mucho mayor que ellos entraba y hablaba al elefante, al que llamaba Memo, y le traía un par de cubos de fruta, que cada día que pasaba estaba en peor estado. Memo no parecía alegrarse de la llegada de la comida, y apenas le hacía el más mínimo caso, para alegría de los polizones, que al menos sabían que comerían algo durante el viaje hacia no sabían dónde.

En más de una ocasión estuvieron a punto de ser sorprendidos por la

tripulación, especialmente el día en que en lugar de traer la comida el chico de siempre lo hizo un hombre de mediana edad, a quien le extrañaron los ruidos que parecían provenir de un lugar distinto al del propio elefante. Se dio una vuelta entre las cajas de recambios de automóvil que transportaban en el contenedor y la presencia de una rata de considerable tamaño le hizo creer que esa era la explicación del ruido.

Alimentados a base de plátanos y dátiles aplastados y calientes que le produjeron más de un episodio de diarrea, llegaron a puerto dos días después de zarpar. Permanecieron ocultos tras las cajas y notaron cómo una grúa estaba recogiendo los contenedores que tenían al lado del suyo y los iba depositando en un muelle. Oyeron el trajinar de la grúa ocho, diez, doce veces, y supieron que no tardarían en enganchar el suyo. Antes, entró el muchacho que traía la comida a Memo e intentó tranquilizar al animal —que nunca pareció nervioso— explicándole que enseguida lo bajarían a tierra firme y pronto estaría corriendo libre por el parque de Waza.

A Elf no le tranquilizó demasiado la conversación, pues aunque no tenía ni idea de cuánta distancia recorre un buque mercante en dos días, el hecho de que hablasen de un parque para elefantes no le sugería que estuvieran camino de Europa.

Efectivamente, al cabo de pocos minutos, y con el muchacho junto al joven elefante, una grúa del puerto enganchó el contenedor y lo depositó sobre el suelo del muelle. El joven abrió totalmente la puerta y una luz cegadora inundó el habitáculo. Entraron dos hombres vestidos como exploradores con sombrero de ala, le echaron una cuerda alrededor del cuello al manso animal y se lo llevaron, caminando lentamente, fuera de aquel claustrofóbico habitáculo.

Para sorpresa de Elf y su amigo, al salir cerraron la puerta, esta vez con todos sus cerrojos, y quedaron atrapados dentro. Al menos quedaba algo de fruta y podrían esperar a que cayera la noche.

Ya oscuro, pensaron que era el momento de intentar salir de allí y al menos saber dónde estaban. Las voces que oyeron fuera no les parecieron inteligibles, por lo que sospechaban que al menos habían salido de Nigeria, pues ni era inglés

ni ninguno de los idiomas locales que conocían. Se acercaron a la puerta del contenedor y vieron que era imposible salir.

En el contenedor aún quedaban bastantes cajas por descargar, lo que les hizo pensar que en un momento u otro vendrían a recogerlas. Ese sería el momento de salir.

Pasaron toda la noche nerviosos, sin saber cuánto tiempo iban a estar allí, hasta que llegó el amanecer. Con él, se oyeron las primeras voces de gentes que hablaban en un idioma extranjero. Le siguieron ruidos de motores eléctricos y el estruendo del choque entre metales cuando se apilaban los contenedores. Elf no pudo esperar más y se puso a gritar y a aporrear la puerta, hasta que alguien se percató de la presencia de personas en su interior.

Un fornido estibador abrió el contenedor y los dos muchachos pudieron bajar de él. Elf dijo que eran cuidadores de elefantes, ante la cara de sorpresa del trabajador portuario, quien no entendió nada de lo que decía aquel jovenzuelo. Aprovecharon la sorpresa y estupefacción del hombre, le dieron los buenos días y se marcharon, primero andando y luego corriendo a través del muelle y en dirección a tierra firme.

En su camino, preguntaron a un pescador de caña que dónde estaban, haciendo gestos con las manos señalando el suelo. El pescador les dijo:

—Douala.

Elf insistió, pues no conocía ningún lugar llamado Douala. Ante la cara de no entender nada que pusieron Elf y Lucky, el viejo repitió:

—Douala, Camerún.

Abatidos, se dieron cuenta de que habían estado dos días navegando en dirección contraria a Europa.

—Volveremos por tierra, aunque sea a pie —resolvió Elf.

Entretanto, Memo estaba ya a bordo de un camión con destino a su nuevo hogar, ajeno a todo y todavía bajo los efectos de los tranquilizantes que le ponían en el agua.

12

Desde la muerte de Braima N'Baye, en la antigua escuela flotante reinaba el caos más absoluto. Eran varios los candidatos que se postulaban para suceder al que había sido su efímero líder como vigilante de Makoko, y frecuentes las reyertas entre los gallos de aquel corral ingobernado, sobre todo después de unas cuantas cervezas o alguna raya de farlopa de más. Paradójicamente, esa falta de organización la agradeció el barrio, que por momentos parecía que recobraba cierta paz social, y los jóvenes delincuentes que ejercían las funciones de seguridad eran menos dañinos cuando no tenían un líder al que seguir.

Los comerciantes que vendían desde sus barcas todo tipo de productos no se veían acosados y las niñas podían salir de sus casas sin temor a ser violadas por una cuadrilla de descerebrados. Incluso se dejó ver alguna patrullera de la policía navegando muy despacio por los canales del barrio.

Sin embargo, aquella relativa calma era engañosa. La policía, en realidad, estaba valorando la posibilidad de llevarse de allí la escuela flotante, que no dejaba de ser un nido de víboras para las autoridades, por muy aquietadas que estuvieran. Pensaban que era una cuestión de tiempo que las milicias callejeras se reorganizaran en torno a un nuevo líder. Allí se continuaba traficando con drogas a todas horas, e incluso había empezado a llamar la atención de la prensa internacional el hecho de que aquel equipamiento financiado por dinero francés y decenas de donantes anónimos estuviera en manos de la mafia local ante la pasividad absoluta de los gobernantes de la ciudad. En *Le Monde* apareció un artículo que hacía referencia al estado de abandono de la escuela y al nuevo destino de la misma, y criticaba duramente al Ayuntamiento de Lagos y al gobierno de Nigeria de aquella situación. A los gobernantes no les importaba que los niños no tuvieran escuela, nunca les preocupó, pero sí la crítica internacional, que podría ahuyentar las sustanciosas ayudas económicas provenientes del extranjero.

Una noche, casi ya de madrugada, aparecieron en Makoko cuatro lanchas abarrotadas de policías pertrechados como soldados, dispuestos a desalojar la escuela flotante. Con ellas iba también un viejo remolcador con el que pensaban llevársela lejos de allí, una vez cortadas las amarras que unían la barcaza al fondo de la laguna. Llegaron en silencio, sin luces y sin luna, una noche calurosa del mes de julio.

No obstante, el cuidado que tuvo el alcalde, dirigiendo personalmente la operación para mantener el más absoluto secreto de la misión, no tuvo mucho éxito, porque minutos después de que el operativo policial llegara al lugar también se presentó un nutrido grupo de periodistas, la mayoría *freelance*, para cubrir el espectáculo del acontecimiento. Las ruidosas lanchas motoras en las que se movían, los insultos que empezaron a proferir los policías a los reporteros y el revuelo que se formó alertó a los circunstanciales ocupantes de la barcaza y atrajo a la zona a cientos de personas más.

El primer objetivo de la operación, que era acceder al lugar en secreto, se había frustrado. Pero el edil no había movilizad o a sus fuerzas de asalto para abandonar tan fácilmente, y ordenó, tal y como estaba previsto, que se cortaran las amarras de la barcaza y se lanzara un cable de acero desde el remolcador para llevarse de allí aquella polémica instalación.

La acción policial obtuvo como respuesta la reacción espontánea de los “vigilantes” que, aunque todavía desorganizados, vieron como la existencia de un enemigo catalizaba sus fuerzas y podían así concentrar su odio en un adversario concreto. Aparecieron docenas de jóvenes, unos de dentro del cobertizo que hacía de aula en la barca, otros que vinieron sin que se sepa de dónde, alertándose unos a otros, y en pocos minutos triplicaban en número a los asaltantes.

La presencia de los periodistas achantó al alcalde, pues a la vista de todo el mundo no podía autorizar a sus hombres para que usasen las armas de fuego que algunos ya habían empezado a empuñar. Las elecciones municipales estaban previstas para después del verano y no podía permitirse un escándalo internacional. Pero tampoco podía arrugarse y darse por vencido delante de todo el mundo. Cogió un megáfono y con la falsa determinación de quien está

acostumbrado a participar en mítines populistas, se dirigió a la turba que le miraba desafiante y les dijo:

—Tenéis veinticuatro horas para desalojar la escuela y devolverla a las autoridades educativas del país.

«Como si las hubiera en Makoko», habría pensado el infortunado profesor Odeda.

—Mañana a esta misma hora —continuó el alcalde— vendremos a tomar posesión de ella. Lo haremos pacíficamente si es posible, o a la fuerza si es necesario.

Con un gesto ordenó a la policía que volvieran hacia la ciudad por donde habían venido. Las barcas pusieron en marcha sus motores y empezaron a girar sobre sí mismas para encarar de nuevo el canal central de Makoko, cuando entre los jóvenes ocupantes de la barcaza se oyó una voz enérgica que sobresalió de entre el griterío y en tono retador le gritó al alcalde:

—¡El que venga aquí mañana está muerto! ¡Tú, estás muerto, hijo de puta! Este es nuestro territorio y nadie nos lo va a quitar, ni treinta policías ni trescientos. ¡Fuera de aquí!

Mientras los periodistas registraban con sus cámaras todo lo que acontecía, la muchedumbre redobló su griterío, ya convertido en entusiasmo. El alcalde no solo fracasó en su intento de privar a los “vigilantes” de Makoko de su cuartel, sino que les proporcionó un enemigo común y, sobre todo, un líder. Quiso evitar un escándalo y lo que consiguió fue hacer el ridículo y la noticia se conocería en toda África al día siguiente.

Un asesor de Babatunde Fashola —el alcalde no salía nunca a la calle sin uno de ellos— le dijo que lo mejor sería dar una rueda de prensa al día siguiente en el Ayuntamiento y explicar que la única intención de las autoridades municipales era devolver la escuela a los niños. Al edil no le convenció mucho aquello, se dijo que despediría al asesor y que a ese mocoso insolente y salvaje había que enjaularlo.

Los jóvenes guardas de Makoko celebraron la retirada de la policía como una victoria incontestable y aclamaron a Isaac Utaka como su nuevo jefe, y este

empezó a ejercer su nuevo cargo mandando que le trajeran unas cervezas mientras repartía cargos entre los soldados de su ejército.

Antes de que despuntara el sol le ordenó a uno de sus recién nombrados lugartenientes que le buscara a una virgen para aquella tarde, pues eso le relajaría la mente y destensaría los músculos para enfrentarse a la policía.

13

Douala se extendía más allá del puerto, y una bruma pesada y sucia, mezcla de niebla y humo, impedía ver dónde acababa la ciudad. Aquello no era muy distinto de Lagos, pensaron los dos chicos, que no se iban a dar por rendidos por un contratiempo que solo les había hecho perder un par de días.

Se sentaron en el borde del malecón con los pies colgando sobre el mar quieto como una balsa de aceite, observando a los chicos que pescaban con rudimentarias cañas de bambú y sedales remendados. Vieron que el mar allí era relativamente generoso con las personas, que sin demasiada dificultad sacaban peces plateados de pequeño tamaño que se agitaban vigorosamente hasta que, agotados y sin oxígeno, morían asfixiados.

Mientras, unos niños perseguían enormes cangrejos en las rocas del espigón, entre risas y burlas. Algunos animales eran de mayor tamaño que las manos de sus perseguidores, y cuando se veían acorralados y sin escapatoria se enfrentaban a los chavales, retándoles, alzando sus enormes pinzas rojas. Era entonces cuando un golpe certero con un palo desarmaba al animal, lo aturdiría, era capturado e introducido en un saco.

Esa visión les hizo pensar que necesitaban comer y conseguir recursos para emprender su viaje, aunque la idea de pescar no era muy alentadora, y tampoco sabrían qué hacer luego con las capturas, si es que conseguían algo. Se levantaron y empezaron a caminar en dirección a la ciudad. Algo se les ocurriría allí.

Douala no era una ciudad amable, no tenía parques, jardines ni bulevares. Las calles eran autopistas urbanas, donde taxis sucios y abollados, junto a

motocicletas con tres ocupantes y coches destartalados, competían por un metro cuadrado, para seguir una trayectoria o para alcanzar un destino. El estruendo de los viejos motores diésel, los bocinazos y los insultos en diferentes idiomas inundaban las calles cercanas al puerto, donde los peatones debían luchar para sobrevivir entre el caos circulatorio. Pero nada de eso sorprendió a Elf ni a Lucky, que casi desfallecidos por el hambre solo pensaban en conseguir algo de comer. Y su deseo se tornó esperanza cuando vieron un mercado callejero que partía de una plaza, con puestos entoldados repletos de frutas y verduras, pescado, ropa de marcas falsificadas, Rolex de latón, teléfonos móviles, sandalias y cacharros de cocina. Quizá robar algo de comida sería lo más rápido e inmediato para calmar sus estómagos e insuflar energía en sus cuerpos. Los dátiles laxantes para Memo quedaban ya muy lejos.

Decidieron que mientras Elf, que tenía cara de buen niño, entretenía a la mujer gorda que atendía el puesto de frutas, Lucky podría afanar un par de piezas y metérselas debajo de su roñosa camiseta. Sin embargo, antes de que Elf pudiese abrir la boca siquiera, otro chico de su misma edad, quizá hijo de la vendedora, ya estaba junto a ellos vigilándolos.

Cada vez más desfallecidos por la falta de alimento, el calor tropical y el desánimo, siguieron andando entre los puestos, buscando por el suelo piezas de fruta podrida —ya se habían acostumbrado en el barco— cuando una voz les llamó. Una vieja, desde un puesto en el que vendía maíz y arroz hervidos que preparaba en unas ollas de cobre, los llamó con un gruñido y haciendo aspavientos con las manos. Elf y Lucky se acercaron y la mujer les señaló las dos ollas, como preguntando qué preferían comer. Y debió de ver tal cara de hambre y entusiasmo

en los chicos que les preparó dos cucuruchos de papel de estraza, escurrió cuidadosamente dos medidas de arroz y de maíz y se las dio a los jóvenes, que se abrasaron los dedos y la lengua, comiéndoselos con más desesperación que gusto. La mujer, que solo conservaba un par de dientes, reparó en que Elf solo tenía un ojo y le hizo un gesto con la mano, tapándose ella uno de los suyos, y le dijo algo ininteligible para él. Por el tono, entendió que era algo más parecido a la

curiosidad o a la lástima que a la burla, y Elf sonrió con agradecimiento. La mujer sacó de una bolsa hecha con tela de saco un parche negro con una cinta y se lo ofreció:

—*C'était de mon fil. Il est mort et n'a pas besoin.*

La mujer se acercó con los ojos llorosos y le colocó el parche sobre el ojo seco, le ajustó las cintas en el cogote y se retiró un poco para observarlo. Volvió a acercársele y le besó en la frente.

Retornó a su puesto en el tenderete y les dijo a los chicos que se fueran, agitando el dorso de la mano en un gesto inequívoco de que no los quería allí, y simulando indiferencia empezó a remover las ollas con unas enormes cucharas de madera. Elf le dio las gracias torpemente y su compañero de viaje apuró hasta el último grano de arroz que tenía en su cucurucho.

Lucky bromeó sobre la nueva imagen de su amigo, que parecía un pirata de tercera con el parche, pero Elf se sentía orgulloso de él, pues cambió una tara por un adorno. Además, el parche evitaría que las moscas siguieran siempre acudiendo a la humedad que le supuraba de la herida, pues era como si sus lágrimas no supieran que solo tenía un ojo y se empeñaban en humedecer inútilmente la cuenca vacía y deforme de su órbita izquierda.

Ya reconfortados con los hidratos de carbono, que alimentaron su cerebro y sus cada vez más escuálidos cuerpos, siguieron caminado por el mercado. Necesitaban información sobre cómo ir hacia el norte. Decidieron que colarse en un autobús o en un camión era lo más práctico.

Con el ojo parcheado, que le daba a Elf un semblante entre siniestro y cómico, preguntaron a un mendigo que todavía tenía peor aspecto que ellos por la estación de autobuses. «*Bus station*», dijo. El hombre simplemente señaló hacia el oeste extendiendo el brazo y el dedo índice. Siguieron sus imprecisas indicaciones y llegaron a una gran plaza atiborrada de coches, motos y bicicletas en aparente desorden pero increíble movimiento, donde efectivamente había indicaciones para ir a la estación de autobuses, apenas a trescientos metros de allí.

La estación era una enorme estructura de hierro, con altísimos techos cubiertos

por placas de fibrocemento, algunas de ellas rotas, que dejaban pasar cañones de luz cegadora a esa hora del mediodía. El tránsito de personas —mozos cargados de maletas y paquetes, carros tirados por porteadores y pasajeros de todas las edades y condiciones— hacía difícil caminar sin detenerse.

Carteristas a la espera de una víctima, prostitutas que se ofrecían discretamente a los comerciantes, niños que ofertaban llevarle las maletas a los viajeros y vendedores de cualquier cosa que se pudiera imaginar completaban una fauna humana densa y caótica que inundaba de sudor y ruido toda la estación.

Fueron a mirar los enormes paneles con la información de las salidas previstas del día. En realidad, lo miraba el único que sabía leer de los dos, mientras Lucky observaba a las putas y a los carteristas, cuyos objetivos eran casi siempre coincidentes.

Elf vio que a las 16.30 h salía un autobús hacia Garoua, y sabía, gracias a las lecciones de geografía del profesor Odeda, que esa ciudad estaba más o menos al norte de Camerún y junto a la frontera con Nigeria. Era una forma de volver a recuperar el camino hacia Europa. La cuestión era cómo subirse a ese autobús. Colarse no era fácil, y conseguir el dinero para comprar los billetes, menos aún. Tenían dos horas para solucionar ese tema.

Tras debatir un rato, decidieron que emularían a los carteristas. Fijarían su mirada en una de las prostitutas que acechaban a los hombres de negocios y aprovecharían algún descuido. No contaban, sin embargo, que putas y carteristas ya estaban asociados y no había muchas oportunidades. Todo lo que consiguieron fue un par de amenazas de muerte por parte de un ratero del lugar y captar la atención de la policía, por lo que pronto desistieron de su empeño.

Sin mucho afán fueron hacia el andén en el que ya estaba estacionado el autobús con destino a Garoua, vacío y sin nadie, pues faltaba casi una hora para su partida. Lucky se acercó y vio al conductor dormido sobre su asiento, con la cabeza apoyada sobre el dorso de sus manos y estas sobre el enorme volante del vehículo. Las portezuelas del portaequipajes no estaban cerradas, solo entornadas, esperando a que llegaran los viajeros.

—Ahora o nunca —dijo Elf.

Abrieron con cuidado la puerta, intentando que no hiciera demasiado ruido, y se metieron dentro del maletero. Desde allí no podían cerrar la puerta. Se ocultaron tras unos fardos de correos que ya habían colocado. Se quedaron muy juntos y esperaron.

A los pocos minutos, empezaron a oír las voces y los pasos de la gente que llegaba al bus. Era el momento más delicado, cuando abriesen la puerta del maletero. Sin embargo, luego todo sería más fácil, y, además, era probable que pudiesen encontrar dinero entre las maletas de los pasajeros, cosa que les iría muy bien para continuar su viaje.

Efectivamente, el momento de la carga de equipajes en el vehículo fue el peor, no tanto por el riesgo de que los vieran, sino porque empezaron a meter bultos y maletas que los apretujaban cada vez más contra el fondo del maletero, en la parte trasera del autobús. Elf creyó que no podrían respirar, y Lucky se hizo un hueco entre la saca de correos y un baúl de madera para encontrar algo de desahogo. Finalmente oyeron el estruendo de la puerta al cerrarse, dejando todo a oscuras.

«Ya pasó el peligro», pensaron al mismo tiempo y al ver que no habían sido descubiertos, cuando oyeron que arrancaba el motor justo a su lado. Y se dieron cuenta de que lo malo solo acababa de empezar cuando a los pocos minutos no oían únicamente el estruendo de ocho enormes pistones subiendo y bajando dos mil veces por minuto a escasos centímetros de sus cabezas, sino también por la insoportable temperatura que empezaba a subir en aquel espacio tan cerrado y oscuro, lo que les hizo añorar su estancia en el contenedor junto a Memo.

Conforme pasaban los minutos el calor era más sofocante, y el vehículo avanzaba muy despacio, con interrupciones constantes por culpa del denso tráfico de Douala, de donde todavía no había salido. Tardó más de una hora en hacerlo, lo que notaron porque el vehículo se movía a una velocidad constante, y el calor que provenía del motor, aun siendo sofocante, a veces se amortiguaba por una pequeña corriente de aire que no sabían de dónde procedía pero que aliviaba de vez en cuando su sufrimiento.

El sudor pronto empapó las ropas y el pelo de los muchachos, que en la absoluta oscuridad de aquel habitáculo habían perdido toda noción del tiempo. El insufrible calor y el olor a gasóleo que provenía de algún resquicio que comunicaba el maletero con el motor les produjeron una peligrosa somnolencia, que no pudieron vencer a pesar de los esfuerzos que hicieron contra ella, intuyendo que eso no podía ser bueno.

Finalmente cayeron dormidos, narcotizados por el monóxido de carbono y vencidos por los cincuenta grados de temperatura del portamaletas, abandonados a su suerte.

14

Samuel era un privilegiado. Tenía un oficio, un trabajo fijo, una esposa y tres hijos de quince, doce y dos años de edad. Vivía en un apartamento que no necesitaba compartir con nadie. Pauline, su hija mayor, había empezado ese año a tomar clases de *ballet* dos días por semana, después de haber finalizado sus estudios de contabilidad comercial. Veronique, su esposa, trabajaba en un hotel como camarera y los dos niños pequeños quedaban al cuidado de su suegra, que vivía a pocas calles de su casa.

Necesitaba hacer horas extraordinarias en la empresa de autobuses en la que trabajaba, y a menudo doblaba el turno o renunciaba a sus días de descanso para llevar unos cuantos francos más a casa o para permitirse algún lujo con una de las prostitutas de la estación de Douala.

Como cada martes, había llegado desde Garoua, y en lugar de irse a dormir a Douala le cambió el turno a un compañero y regresaría de nuevo a su ciudad, porque tenían programada para ese día la operación de amígdalas de Tommy, su hijo mediano, al que le había prometido que estaría con él en el hospital.

De sus treinta y ocho años en este mundo, llevaba doce haciendo el mismo trayecto dos o tres veces por semana, y a pesar de los mil doscientos kilómetros que separaban las dos ciudades que comunicaba llevando su autobús, no había

curva, cruce o parada que pudiera sorprenderle. Igual le ocurría con el viejo Iveco que conducía, cuyos gruñidos y estornudos conocía mejor que los de sus hijos.

Había llegado puntual como siempre, a las diez de la mañana en su parada de destino, y no debía partir de nuevo hasta las cuatro y media de la tarde. Disponía de tiempo para comer algo en la cantina de la estación, y si se espabilaba, hasta para echar un polvo con aquella niña un poco mayor que su hija que le tenía prendado el corazón y el bolsillo.

Sin embargo, no tenía hambre, por lo que se dirigió directamente a buscar a la chica que parecía estar esperándole. Como rutina, regatearon el precio, sabiendo de antemano cuál sería la tarifa que acabaría costando el servicio, y se fueron a la infecta habitación de siempre. Samuel estaba muy caliente y fue rápido, tanto que quiso repetir. A los pocos minutos, el chófer salió de la pensión con unos billetes menos y unas ladillas más. Tras él, la chica con treinta mil francos más, que le servirían para pagar la habitación ese mes.

Sin comer, pero satisfecho, Samuel se volvió a su autobús y se quedó dormido en el asiento, con los brazos cruzados sobre el volante.

Poco antes de las 16.30 h, un compañero de la empresa de autobuses golpeó con los nudillos el cristal de la puerta y se dio cuenta de que se había quedado dormido. No sabía si dos, cuatro o seis horas. Se sentía mareado y nauseabundo, los ácidos del estómago parecían hervir en su garganta y creyó desmayarse al levantar la cabeza del volante.

Con ostensibles aspavientos, el empleado de la compañía que lo había despertado le indicó que debía abrir la puerta, pues más de cuarenta viajeros estaban esperando para subir. Samuel obedeció y le pidió a su compañero que por favor le trajera un bocadillo de lo que fuera y un café, mostrándole un fajo de dinero. La respuesta de su colega fue un desprecio alzando la barbilla, miró hacia otro lado y le dio la espalda.

El autobús se fue llenando de pasajeros que le exhibían los billetes que Samuel hacía como que revisaba, mientras en el andén los mozos se afanaban por encajar todas las maletas y fardos en los bajos del autobús. Cuando personas y

paquetes ocuparon sus lugares Samuel arrancó el vehículo y puso destino a Garoua, pensando que ya comería algo en la primera parada y se bebería un café con un par de cigarrillos.

Salió trabajosamente de la ciudad y alcanzó la autopista de Yaoundé, cuya monotonía le serviría al conductor para descansar.

Sin embargo, no fue reposo lo que trajo la carretera de dos carriles en cada sentido que unía las dos ciudades más importantes del país. A Samuel se le cerraron los ojos mientras intentaba mantenerse despierto pensando en las amígdalas de su hijo, en las tetas de su amante de pago y en las facturas de la academia de *ballet* de Pauline. No le dio tiempo a pensar en su esposa cuando el cochambroso autobús se salió de la calzada. El estruendo al chocar con la valla metálica de protección le hizo abrir los ojos, justo antes de volcar el vehículo. Se arrastró varios metros recostado sobre su lado izquierdo, hasta quedar frenado por un montículo de escombros de un vertedero ilegal de los que abundan junto a la autopista.

15

Aquella tarde, cuando ya había empezado a declinar el sol, Eric y Pierre se dirigían a rebuscar en los vertederos trozos de metal y madera. El cobre lo pagaban bien, pero era muy difícil de conseguir, pues estaba muy buscado y rara vez llegaba algún trozo a las escombreras. Más fácil era encontrar hierro, latón e incluso plomo. La madera apenas servía para que su madre cocinara o para repartirla con las vecinas que, por ser muy viejas o no tener ya hijos en casa, no podían procurarse la leña.

Con sus sacos vacíos al hombro y sudando por el calor tropical del verano, vieron con desazón que la escombrera a la que se dirigían estaba totalmente escarbada y solo había ladrillos, piedras y yeso. Ni siquiera habían dejado las varillas del hormigón, que con tanta dificultad se separaban del cemento.

Pierre le propuso a Eric que siguieran por el camino que iba paralelo a la

autopista unos centenares de metros más, porque siempre había algún vertido nuevo y virgen. Caminaron un buen rato. Eric se asustó al ver pasar un camión a pocos centímetros de la valla, y el rebufo del viento que formaba el vehículo casi lo tira al suelo. Pierre se rio de su hermano y le dijo que no se acercara tanto a la calzada.

Diez minutos después encontraron un buen montón de escombros, que sin duda eran recientes a la vista de que todavía se veían a simple vista grandes trozos de vigas de madera, incluso puertas enteras que tenían todos sus herrajes, bisagras y cerraduras.

Decidieron apresurarse, antes de que acudieran allí nuevos buscadores de oro, y empezaron por sacar los trozos de metal de puertas y ventanas con el método habitual de golpearlos con una piedra hasta arrancarlos de su alojamiento.

En eso andaban, con la mitad de sus sacos llenos de clavos, cerrojos y tornillos retorcidos, cuando tras oír el estridente y desagradable chirrido que provoca el roce de metal contra metal vieron llegar, arrastrándose sobre un costado, un autobús que había sobrepasado la valla de la autopista y se dirigía hacia donde ellos estaban. No lo hacía a gran velocidad, estaba sin duda ya muy frenado por el rozamiento contra el suelo de tierra y matojos, pero venía derecho a donde se encontraban los jóvenes recicladores.

Tuvieron tiempo de apartarse a un lado y de alejarse de la trayectoria que llevaba el vehículo, y lo vieron clavar el morro contra su montón de escombros, al tiempo que una cabeza golpeaba desde dentro la luna delantera del bus, ya resquebrajada, y dejaba una huella abombada con la siniestra forma de un cráneo.

Entre impactados y curiosos, se acercaron al autobús, cuyo techo había quedado frente a ellos, lo rodearon por la parte trasera que humeaba y apestaba a gasóleo. Al otro lado quedaban a la vista los bajos del motor.

Dentro se oían chillidos y lamentos, llamadas de auxilio e invocaciones a Dios y blasfemias. Empezaron a parar coches que circulaban por la autopista, algunos conductores accedieron al habitáculo para ayudar a la gente y otros treparon para

abrir el maletero.

Pierre y Eric dudaron entre una cosa y la otra, pero finalmente decidieron saquear también el autobús. Si no despabilaban se lo llevaría todo un grupo de jóvenes que había llegado en una motocicleta y que luchaban entre ellos por hacerse con cada una de las maletas que veían.

Pierre, que era más alto y fuerte que Eric, se encaramó a una de las ruedas gemelas y se metió dentro del portamaletas, ya aliviado de bultos por los otros jóvenes que ahora se peleaban en el suelo por el botín, y empezó a lanzar bolsas de viaje hacia su hermano.

Cuando hubo lanzado cuatro, pensó en dejar de hacerlo, pues no tardaría en llegar la policía. Bajó de un salto y los chicos de la motocicleta ya se habían ido, llevándose también las maletas que había lanzado, tras propinarle una patada a Eric en la cara cuando este intentó evitarlo.

Derrotados, y cuando pensaban que habría sido mejor seguir con su recogida selectiva de escombros, vieron caer a sus pies un fardo y una saca de correos. Oyeron una llamada de atención en un idioma que no conocían de alguien que se asomaba por la abertura del maletero. Por señas le pidió que subieran, haciendo ostensibles gestos con los brazos, y Pierre lo hizo. Elf señalaba dentro del maletero, donde se veía el cuerpo inmóvil de Lucky. Pierre tiró de un brazo de Lucky, grávido y laxo. El miembro inerte cayó sobre la cara de su dueño, que no hizo nada por evitar el golpe ni se inmutó al recibir el impacto sobre el rostro.

—C'est mort! —dijo Pierre, que agarró tres maletas más y las lanzó por la borda del autobús.

Elf todavía no se había recuperado totalmente del sueño narcótico del monóxido de carbono, y le costó entender lo que había ocurrido.

Pierre y Eric se fueron a la carrera con una maleta cada uno y dejaron otra en el suelo para el extraño viajero. Este descendió del autobús, como un fantasma agarró la valija y caminó entre los escombros, mientras seguían llegando coches al lugar del accidente, y varias personas con las manos y las ropas ensangrentadas sacaban heridos y cadáveres del autobús. A lo lejos, se oía el

ulular de sirenas que se acercaban, y luces rojas, naranjas y azules inundaron la zona cuando Elf ya estaba vagando, solo y aturdido, alejándose de la autopista por un sendero del que se apartaban los saltamontes y las lagartijas a su paso.

Elf fue a rascarse el ojo seco que siempre supuraba y se dio cuenta de que no había perdido el parche que tan bien le había ajustado la vieja.

Pensó que ahora sí, ahora estaba solo de verdad.